

ROGER SCHUTZ MARSAUCHE
PRIOR DE TAIZE

LA
UNIDAD
ESPERANZA
DE
VIDA



ESTELA

PRIOR DE TAIZE

LA
UNIDAD
ESPERANZA
DE
VIDA

© EDITORIAL ESTELA S. A.

primera edición, mayo 1965

reservados todos los derechos para los países de lengua castellana.

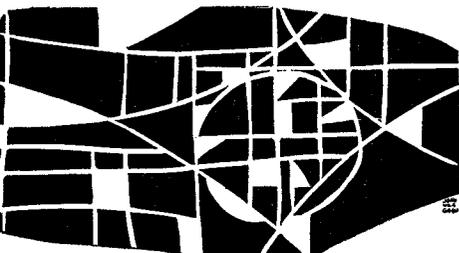
Traductor: Juan Estruch

Cubierta y maqueta:
Joan Vila Grau

MONTSERRAT. - IMPREMTA DE L'ABADIA
Dep. L. B.14800--65 N.º Rgtr.1997-65

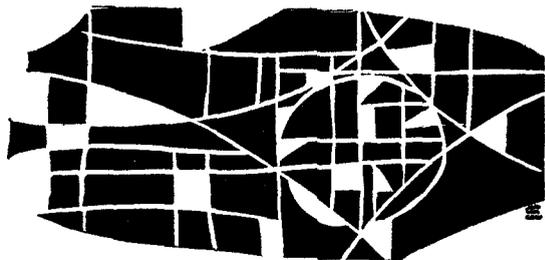
EDITORIAL ESTELA
1965

A Mgr Zoa
Archevêque de Yaoundé



1

Presentir el mañana de los hombres



El hoy de Dios y el mañana de los hombres



Para avanzar, no cabe otra actitud que vivir el hoy de Dios. Y antes que afrontar este hoy con miedo, acoger cada mañana el nuevo día.

Esto sigue siendo válido para los días de dolor. Pues el sufrimiento es una ocasión para adentrarse en una nueva senda, con su misteriosa incógnita. La aurora de la desesperación no despunta más que para el hombre librado a su soledad.

Un día tras otro, acoger el nuevo día. Mañana será quizá el último de nuestros días entre los hombres. Es imposible vivir en el hoy sin consentir en nuestro fin último.

Si el hombre mira hacia el mañana para lo que le atañe a él, le invade la inquietud y no es capaz de vivir el día que le ha sido dado, dividido interiormente entre las miradas opuestas hacia el pasado o hacia el porvenir.

Sí, no obstante, hay que considerar este mañana, no es para uno mismo, sino para el prójimo. Para uno mismo, vivir el hoy de Dios; pero para el prójimo, ayudarle a comprender su mañana y a entrar en lo que se convertirá en su hoy.

* * *

Para el prójimo, pues, presentir el mañana de los hombres. Un mañana que no se parecerá en nada al hoy de las generaciones actuales.

Las cristiandades apenas se dan cuenta de que actualmente reposan sobre aguas estancadas.

En la inmensa confrontación que se está preparando, frente a una nueva civilización que se avecina y cuyas olas romperán sobre nosotros, ya sea en oleadas sucesivas que nos sumergirán, ya en forma de una marea ascendente que nos arastrará sin darnos cuenta, por nuestra parte hemos de procurar simplemente mantener la cabeza por encima de las aguas. Es quizá cuanto nos será posible hacer para no ser engullidos por entero.

Desde luego, nuestros reflejos de cristiandades viejas podrían llevarnos a un repliegue sobre nosotros mismos para vivir en unos «ghettos» cristianos, recubiertos por

mil brazas de agua. ¿Pero dónde estaría entonces el poder de irradiación de Cristo, que trasciende todas las civilizaciones?

Toda nuestra reflexión ha de concentrarse, pues, en una búsqueda de penetración, a fin de que Cristo mismo transfigure la nueva era. Mas para realizar esta inmensa tarea, los cristianos están debilitados, porque están divididos. Separados ayer, deben hoy volver a hallar su unidad, para que la vida de Dios irradie a través de ellos en este mundo nuevo.

La tendencia a la nivelación en los órdenes social, económico y técnico, que se manifiesta a escala mundial, hace pensar que se está preparando sin demora, en todo el mundo, una civilización universal.

¿Y quién podría comprender mejor que los cristianos ese cambio de dirección de la historia humana, a fin de asumir una civilización extensiva a la humanidad entera? Estamos entrando en la hora veinticuatro, aquella en que el sentido de la universalidad, de la catolicidad, afirmado por Dios en Cristo, debería hallar su cumplimiento pleno.

Las estructuras van a cambiar fundamentalmente en los próximos años. También a nosotros, los cristianos, nos corresponde prever de qué modo se puede orientar la reflexión de quienes, no queriendo dejarse superar, quieren asumir esta nueva civilización que se nos avecina. Hemos de contribuir en nuestra medida; cada cristiano ha de dar según sus fuerzas, en el límite de sus posibilidades, superando la impresión de no poder dar nada. Si bien es cierto que este momento

crucial de la historia es grave para una cristiandad que se está disgregando, no lo es menos el hecho de que los medios de aproximación a los hombres que no pueden creer, jamás habían sido tan grandes.

La unidad de la persona, condición de la unidad entre los hombres

Cuanto constituye la persona humana descansa sobre la unidad invisible de un organismo en el cual cuerpo, alma, espíritu, forman un todo. La disgregación de uno de sus elementos, la razón por ejemplo, provoca un desorden que afecta a la indivisibilidad del ser.

Para alcanzar y mantener el equilibrio de la persona, es preciso una constante búsqueda de unidad: poner en consonancia el pensamiento con las obras. Este equilibrio se adquiere en la medida en que queremos ser, progresivamente, consecuentes con lo mejor y también lo más íntimo de nosotros mismos.

Para el cristiano, el camino de la unidad consiste en poner en consonancia sus obras con el pensamiento de Cristo que vive en él, y en ser consecuente con su fe.

Toda búsqueda de unidad entre los hombres implica la previa consecución de la unidad en sí mismo.

Querer invertir este orden sería como empezar la casa por el tejado. En cambio, en la medida en que la unidad interior hace retroceder a la disgregación que nos está amenazando constantemente, es posible trabajar por la unidad entre los hombres, y esperar ardientemente la unidad visible de todos los cristianos en una sola Iglesia.

La unidad entre cristianos presupone, pues, que estemos de acuerdo con esta premisa de la unidad de nuestra propia persona. No se puede atacar esta unidad impunemente. Por eso el desechar un voto o compromiso solemne, matrimonio, sacerdocio, hecho para toda la vida ante Dios y ante los hombres, desgarrará siempre algo en el hombre por más que procure defenderse, porque esta ruptura alcanza las profundidades de un todo, la persona humana. La unidad de la persona supone que uno sea consecuente con sus votos o compromisos fundamentales, y que en todas las ocasiones asuma sus grandes decisiones personales.

De nada serviría, no obstante, querer ocultar que la unidad de la persona ha sido destruida por el «Separador», el Diablo. El hombre, marcado primitivamente y en su origen por una relación de unidad con Dios, llevaba en sí la imagen perfecta de la unidad, la imagen de Dios. Y desde entonces cada hombre va, consciente o inconscientemente, en búsqueda de esta unidad perdida.

El hombre, dividido en sí mismo, lo está también en relación con su prójimo. Debido a la carencia de unidad de su persona surge a menudo, de lo más pro-

fundo de sí mismo, la necesidad de afirmarse contra el otro, de separar lo que debe estar unido. De este modo los cristianos, hijos de un mismo Padre, se oponen entre sí, y a veces incluso con las buenas razones de una buena conciencia confesional.

Pero la vocación a la unidad de los cristianos viene a transformar nuestra condición de hombres sometidos a la disgregación.

Indudablemente, la unidad de los cristianos no es un fin en sí misma. Será, es cierto, una realidad magnífica y jubilosa el volvernos a encontrar juntos para poder alabar juntos al mismo Dios. Y el día de nuestra reunión visible en una sola Iglesia será verdaderamente el gozo del cielo que habrá descendido a la tierra. Sin embargo, no es ése el objetivo inmediato. Actualmente lo esencial es convertir en verdad la oración de Cristo. Presintiendo nuestras divisiones, y sabiendo perfectamente que el abismo de nuestro corazón humano se sentiría atraído por las oposiciones y las divisiones, Cristo ora a su Padre y, antes de irse, pide: «que sean UNO para que el mundo crea».

¡Ser UNO, para que el mundo crea! La unidad no es un fin en sí. Cristo no ruega sólo «que sean UNO», sino que continúa: «para que el mundo crea»; es decir, a fin de que, por su unidad, el mundo se halle en posibilidad de creer.

¡Ser UNO, para que el mundo crea! Son dos pasos sucesivos: el primero, reunirnos los cristianos; el segundo, unirnos a fin de llevar a Dios a los que no creen. Este segundo paso es el que nos interesará aquí; tiene

por objeto hacer presente a Cristo en el mundo entero, a los hombres de todas las razas, de todas las lenguas. Y al mismo tiempo nos orienta hacia nuestra vocación primera, nuestra vocación universal, ecuménica, católica, depositada en cada cristiano por el bautismo. A causa de nuestras divisiones, esta vocación se ha extinguido muchas veces, o por lo menos, dormita; pero allí donde se manifiesta, se convierte en un potente medio para el despertar de las cristiandades en el mundo.

Ahora bien; desde el momento en que apuntamos el gran problema de nuestras divisiones en el mundo de hoy, a partir del instante en que queremos hacer verdadera la oración de Cristo para poder ir a este mundo de nuestro siglo, nos situamos frente a una serie de inmensas cuestiones que nos superan, que a menudo desconocemos, y que pueden, en una primera aproximación y a causa de su amplitud, anonadarnos.

Pues, lo queramos o no, se está creando una nueva civilización y un tipo de hombre nuevo. Querámoslo o no, la orientación que toma la historia contemporánea nos lleva a situarnos ante unos hechos que no tienen nada que ver con las civilizaciones en las que nosotros nos hemos formado. Y esta civilización que sube, que está ganando terreno y que, en una marcha irreversible, ganará todavía más, esta civilización va también, mediante sus clases trabajadoras, en búsqueda de una unidad universal.

Por esta razón se plantea a los cristianos la gran cuestión de este siglo: ¿cómo hacer verdadera nuestra

vocación a lo universal, a la catolicidad? ¿Cómo ir a este mundo que, a su manera, aspira a una fraternidad universal, permaneciendo no obstante tan alejado de los cristianos?

* * *

Pero no podemos ir a este mundo meramente con buena voluntad; sería completamente ineficaz, y muy peligroso para nosotros. Antes de lanzarnos a ninguna empresa, hemos de detenernos; y nuestra primera tarea, la de todos y cada uno, debe consistir en examinar lúcidamente el mundo de hoy, y el de mañana.

En las páginas que siguen vamos a intentar, pues, descubrir la naturaleza de la civilización futura, con sus dos principales características, la técnica y las masas.

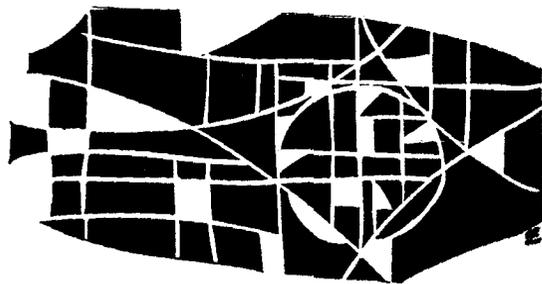
Consideraremos luego cómo se sitúan los cristianos en el mundo actual.

En tercer lugar, indicaremos un modo de presencia cristiana ecuménica que nos permita esperar y afrontar sin temor nuestras responsabilidades en este mundo futuro.

Finalmente, insistiremos en algunos principios esenciales de espiritualidad ecuménica que han de penetrar en la intimidad de nuestro ser, para una acción generosa en el mundo y en la Iglesia de hoy.

2

Descubrir la civilización futura



Civilización de la técnica



Hemos entrado ya en esta era de la técnica. Y ya no dudamos de algunas de sus consecuencias. Cuando accionamos el interruptor eléctrico de la habitación, cuando pisamos el acelerador del coche, no nos planteamos todas estas cuestiones.

Sin embargo —y esto es lo que nos interesa ahora— no nos hallamos todavía más que en el amanecer de esta civilización, y podemos solamente presentir el tipo de hombre que va a surgir de ella, el hombre de la técnica, el «homo technicus».

Algunos ejemplos nos permitirán situar este mundo de la técnica. Podríamos tomarlos de los Estados Unidos o de algunas regiones de la Europa occidental;

pero ahí el arranque industrial data ya de antiguo. Hay en cambio un país donde se ha hecho absolutamente todo en los últimos años.

En la Rusia asiática, estas inmensas regiones donde hace sólo veinte o veinticinco años aún no había nada, se está creando una civilización que es una probable prefiguración de la del futuro. Se construye allí un tipo de hombre nuevo, cuyo comportamiento será a menudo idéntico al del hombre de los grandes centros industriales del norte de los Estados Unidos.

A principios de la guerra de 1940 hubo que transportar a la Rusia asiática las industrias de la Rusia europea. Y así, en esta tierra hasta entonces casi deshabitada se están constituyendo ahora unos islotes del mundo de la técnica.

La carencia de mano de obra se hace sentir cruelmente en esta tierra virgen. Se hace necesaria entonces una mecanización masiva. Incluso la inmigración anual de tres millones de obreros no representa gran cosa frente a las desmesuradas posibilidades. Tan sólo el empleo de la automación y de todos los medios técnicos permite explotar parcialmente los increíbles recursos.

Así, por ejemplo, al sur del antiguo lago Baikal se está construyendo íntegramente un nuevo lago que producirá una energía de veinticuatro mil millones de kilowatios, lo cual equivale a la energía de doscientos cuarenta millones de hombres, es decir, más de los que hay en las dos Rusias, asiática y europea. Del

mismo modo, se ha iniciado la obra de captación de todos los grandes ríos de Siberia.

Pueden buscarse otros ejemplos de la transformación técnica yendo cien kilómetros más allá del círculo polar. Ahí, en Inkarka, pequeña aldea habitada en 1929 por medio centenar de deportados políticos, hay actualmente 50.000 habitantes que viven enteramente de los resultados de la técnica y dependen de ella totalmente. Si las casas estuvieran construidas como en nuestros países, se derrumbarían en cuanto llega el verano, ya que el suelo, helado durante casi todo el año, se deshíela en su superficie en el transcurso del verano. Hay que iluminar casas y calles durante meses y meses de invierno. Hay que construir invernaderos gigantes para la alimentación de los habitantes. Y esta ciudad, hasta tal punto dependiente de los medios tecnológicos, se ha creado para poder explotar las inmensas riquezas forestales que durante siglos habían permanecido improductivas, y transportar la madera de estas regiones por los mares árticos, a partir de este pequeño puerto.

Ejemplos tan sorprendentes como éstos podríamos encontrarlos igualmente en los Estados Unidos. En Detroit, las condiciones humanas han cambiado radicalmente en medio siglo, debido a la instalación de enormes complejos siderúrgicos y de grandes fábricas de automóviles.

Poco importa de dónde se tomen los ejemplos. Lo que nos interesa es el hecho de que en este clima tecnológico vemos surgir a un hombre nuevo colmado por

la perspectiva de plenitud que aportan las inagotables posibilidades de la técnica, pero que, por este mismo hecho, no siente ya la sed de Dios. Y allí donde la fe había sido viva, insensiblemente, la técnica va disgregando el sentido religioso del hombre.

Se comprueba que este hombre está sometido a fuertes tensiones. Existe un divorcio, una verdadera ruptura entre el ambiente de su trabajo y el de su familia.

Por una parte, el sector público en el cual le es preciso vivir implica un anonimato forzoso. Para resistir, debe forjarse una personalidad, tender continuamente a suprimir las emociones y apelar a lo racional y lo objetivo.

Por otra parte, la familia se convertirá entonces en un lugar de refugio y de recusación del mundo público. En este medio encontrará el hombre una compensación al poder expresar toda una parte de su personalidad que no hallaba el medio de florecer. De ahí el prestigio de la familia en las generaciones jóvenes. De ahí también la actitud positiva de cara al matrimonio; la gente se casa muy joven, y este fenómeno será cada vez más acusado en un futuro próximo.

Las razones subyacente que permiten al hombre, a pesar de estas dificultades, mantenerse en el mundo de la técnica, relevan de la satisfacción del sentimiento de potencia. Ante todo, se otorga un salario considerable a la ingeniosidad, a la inteligencia del trabajo. Y por otra parte, es apasionante participar en la cons-

titución de una sociedad nueva; es el entusiasmo por integrarse en una civilización que se está forjando.

Sin embargo, la gran cuestión de las próximas generaciones radicará en el esfuerzo de adaptación. Estas generaciones nuevas adquirirán una nueva conciencia del mundo público. Pero, al adaptarse a este mundo, la juventud tolerará cada vez menos en su existencia toda intrusión de los ambientes tradicionales, ya sea la intrusión conformista de las escuelas, la de las formaciones políticas tradicionales, e incluso la de los padres.

Para adaptarse a la civilización de la técnica serán precisos el realismo y una necesidad de verdad.

Civilización de las masas

Las mismas necesidades de la técnica suscitan grandes aglomeraciones humanas en ciertos puntos del globo.

Así, en Gran Bretaña, el primer país que entró, hace dos siglos, en la civilización de la técnica, y que durante mucho tiempo ha mantenido celosamente sus propios descubrimientos en el interior de sus fronteras, más del ochenta por ciento de la población vive en ciudades; apenas el veinte por ciento tan sólo es rural.

En los Estados Unidos se dan algunos hechos que obligan a reflexionar. Por ejemplo, Los Angeles tenía, a principios de siglo, cien mil habitantes. En este mismo lugar se ha constituido hoy en día una aglomeración de más de seis millones de habitantes. Y no es éste el único caso en el país.

En la Rusia asiática, en las regiones del Ural, llamamos Sverdlovsk, una ciudad que en 1860 contaba con seis mil habitantes y que posee hoy más de dos millones doscientos cincuenta mil.

Podrían multiplicarse los ejemplos de este creci-

miento demográfico en diversos puntos de la tierra, provocados por la presión de la técnica.

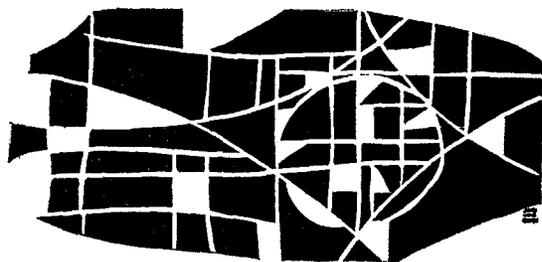
Es posible hacer algunas observaciones a propósito de esta civilización de las masas. Ante todo, opera una especie de nivelación entre los hombres. La sociedad agrupada en grandes masas humanas será cada vez más permeable a las presiones de la opinión, a la que estas masas desearán conformarse.

En segundo lugar, un país que ve el incremento de su curva demográfica corre graves peligros al pretender frenar el aumento. Todo estancamiento en el incremento de su población hace pasar a una nación, no sólo por una crisis material de gravedad, sino también por una crisis moral. Toda aminoración del aumento de nacimientos equivale a un retroceso, lo cual hace decir a algunos sociólogos que la humanidad está condenada a una progresión perpetua.

Última observación, más significativa aún: incorporados a las masas, los hombres de la técnica consideran que sus esfuerzos tienen éxito cuando se establece un equilibrio mejor en la repartición de los bienes materiales. Y esto es cierto sean cuales sean las ideologías, los sistemas; sean de derechas o de izquierdas. Bajo la presión de la historia, las grandes economías de los países liberales o socialistas se planificarán para terminar encontrándose un día. El Este y el Oeste saben ahora que el que ganará la partida será el que tecnifique al máximo los países del tercer mundo. Estamos empeñados en la mayor competición de la historia por la distribución de los bienes materiales.

3

Considerar las cristiandades de hoy



Y ahora, nosotros los cristianos, ¿qué posición tomamos ante la proximidad de una nueva era, frente a transformaciones tan profundas de las sociedades humanas y del hombre mismo?

Se impone un mirar, atentamente y con lucidez, el mundo cristiano contemporáneo. Y, para mayor claridad, vamos a repartir las cristiandades en tres zonas. Ante todo, las cristiandades viejas; luego las zonas de implantación misionera; finalmente, la América latina, que reúne en su seno los caracteres de las otras dos zonas, de ahí el insistir con mayor interés en este continente.

Las cristiandades vivas

Hay que distinguir por una parte la América del Norte, donde se da un incremento de la práctica religiosa, y por otra los países europeos, en los cuales la característica es un descenso de la práctica religiosa.

Algunas cifras sobre el número de bautizados en estos países son reveladoras. Evidentemente, es preciso recordar que el bautizado no es necesariamente un practicante.

Entre los 575 millones de habitantes europeos, hay 230 millones de católicos, 126 millones de protestantes, 158 millones de ortodoxos y 61 millones de no bautizados. Estas cifras son aproximadas, pues son extremadamente difíciles de establecer para Rusia. América del Norte (Estados Unidos y Canadá) cuenta con unos 200 millones de habitantes, entre los que hay 110 millones de protestantes, 45 millones de católicos, 3 millones de ortodoxos y 42 millones de no bautizados.

¿En qué situación se hallan, pues, los Estados Unidos y el Canadá? La densidad de práctica religiosa es elevada: el sesenta por ciento de la población practica su fe, y más del noventa por ciento afirma creer en Dios. Hay que decir que en los Estados Unidos los diversos estratos de la población los han formado inmigrantes procedentes de distintos países europeos, y que estos hombres no hallaron más medio de identificarse en su nuevo país que la indicación de su pertenencia confesional. Indicar a qué confesión se pertenece, no sólo no es motivo de vergüenza, sino que es una cualificación plenamente admitida y que ha tomado fuerza de costumbre.

Además, la ansiedad que experimentan en este momento crucial de la historia contemporánea impulsa a las poblaciones de estos países a buscar una mayor seguridad en una u otra forma de religión.

Para el sociólogo americano Herberg, la crisis de nuestro tiempo reviste un carácter esencialmente religioso. El hombre va en busca de una autenticidad en una pertenencia religiosa para preservar de alguna forma su personalidad, amenazada por esta civilización técnica en la que las relaciones humanas son básicamente funcionales.

No hay que confundir la fe cristiana de los americanos con esta especie de fe, común a todos los americanos, que consiste en una idéntica forma de vivir y de pensar. Por ejemplo, en lo que se refiere a la higiene, o al liberalismo económico o incluso a las grandes posibilidades de educación, hay una especie de reli-

gión americana que ha penetrado en la sociedad en su conjunto.

El objeto de la fe ya no es Dios mismo, sino que la fe se convierte en objeto de fe. Creer es lo que importa. El americano medio busca ante todo una fe, sin conceder apenas importancia alguna a su contenido; por consiguiente, le parecerá natural la existencia de varias Iglesias diferentes, correspondientes a varias explicaciones de la creencia. Lo que él busca en la fe es principalmente la consecución de la paz interior, la liberación de los problemas personales y la curación de las enfermedades. De este modo se va a parar a una religión del yo, en la que lo esencial es ante todo la salud y todo lo que se refiere al bienestar personal. Religión de la felicidad, fundamentalmente.

Es lícito temer, por tanto, que haya en Norteamérica una especie de religión nueva: la deificación de una forma de sociedad y de sus valores, o una nueva idolatría del hombre. Y esto, en flagrante desacuerdo con la enseñanza bíblica, que rechaza todo narcisismo religioso.

Sin embargo, respecto a los cristianos de América del Norte, es importante subrayar su acogida gozosa, su hospitalidad, su generosidad, que contrastan con cierto comedimiento puritano de los cristianos europeos.

En cuanto a la Europa occidental, se caracteriza por una apatía espiritual y un descenso de la práctica religiosa. En los países escandinavos, así como en grandes regiones de Inglaterra, se calcula en un tres a ocho

por ciento la población que participa en los cultos un domingo normal. Lo mismo ocurre en ciertas regiones de España.

De todos modos, a pesar de esta apatía surge una gran esperanza, cuyas primeras prendas son ya palpables. Tanto entre los laicos como entre sus pastores se constituyen élites cristianas. La conciencia pastoral de los sacerdotes o los pastores gana en agudeza; y con toda seguridad no se había dado hasta ahora en nuestro continente una cualidad pastoral de tanto valor, así como tampoco un laicado tan generoso, lúcido y capaz de empeñarse en una acción.

En la Europa Oriental, a medida que nos vamos aproximando a las fronteras con Occidente, descubrimos países de fuerte densidad cristiana, donde la vida de fe es realmente auténtica. Así en Polonia, la misma coherencia de la unidad cristiana en el país es uno de los hechos notables de la Iglesia. Del mismo modo hallamos en Hungría una vitalidad cristiana absolutamente excepcional en Europa. Hay que hacer la salvedad de la Alemania oriental, donde el fenómeno de descristianización va en aumento.

Zonas de implantación misionera

Se trata de cristiandades numéricamente débiles, dispersas y divididas. Las hallamos sobre todo en Africa y, más débiles aún, en Asia.

Después de más de un siglo de misiones, los resultados siguen siendo parciales. De un total de 250 millones de habitantes en Africa, hay 13 millones de coptos de vieja estirpe cristiana; por su parte, la implantación misionera reciente ha dado tan sólo 29 millones de católicos y 20 millones de protestantes.

Puede decirse que, en el continente africano, la competencia que opone a las diversas confesiones cristianas tiene lugar de una forma particularmente dolorosa. Los cristianos, introducidos por medio de la colonización, importaron al mismo tiempo sus distintas posiciones confesionales. Y así, un pastor negro decía: «Por causa de vosotros, cristianos de Europa, estamos donde estamos. Nos habéis traído la división entre cristianos, y esto tiene consecuencias dramáticas en la situación explosiva actual».

Estos mismos cristianos deben hacer frente hoy día a dos grandes dificultades. Por una parte, han de mostrar claramente que la pertenencia cristiana es independiente de cualquier posición política o pertenencia nacional y racial. Por otra parte, las minorías blancas tienen que ponerse al servicio de las Iglesias negras. De hecho, si bien estas cristiandades de origen europeo sufren una verdadera tentación de replegarse sobre sí mismas, hay afortunadamente cristianos conscientes de su vocación particular en esta situación.

Aquí, como en todas partes, la enorme ola de la civilización técnica asaltarán a las cristiandades. La industrialización, necesaria para el desarrollo del país y para la satisfacción legítima de las necesidades creadas por las costumbres occidentales, atrae a las masas indígenas hacia las ciudades. Ahora bien; el cristianismo es en Africa fundamentalmente rural, y no está preparado en absoluto para las exigencias que le plantea la situación en las ciudades. El africano, sin el amparo de un refugio espiritual a causa del desmoronamiento de la cultura primitiva, no halla en la Iglesia una comunidad auténtica capaz de recibirle.

La segregación, que se ha acentuado en algunos países, ha multiplicado el número de pequeños cristianos. Africa del Sur contaba en 1954 con más de mil grupos autónomos sin vínculos recíprocos, con un total de ochocientos mil miembros, separados de las Iglesias misioneras. Todos ellos, marcados por un ferviente nacionalismo, proclamaban la esperanza mesiánica de un paraíso terrestre para los africanos. Estos movimientos

ejercen una gran influencia, ya que dan a los africanos la posibilidad de organizar una nueva sociedad, allí donde han desaparecido las antiguas estructuras. Por lo demás, las generaciones cristianas africanas de hoy viven a menudo de una fe formal, referida al relato de la conversión de sus padres más que arraigada en una conversión personal. Las exigencias de una moral más estricta, a la cual les exhortan los misioneros, alejan de la fe a muchos bautizados.

Cuando la atención, en vez de dirigirse a la predicación de la fe, se dirige con tanta facilidad a las diversas llamadas al nacionalismo y a una promoción social, los cristianos, en vez de procurar oponer a estos africanos entre sus distintas pertenencias confesionales, deben tomar conciencia de la urgencia de la unidad.

* * *

En Asia, entre 1.700 millones de habitantes, no hay más que 13 millones de protestantes y 33 millones de católicos —de los que 17 millones están en Filipinas—.

En los dos países más importantes del mundo demográficamente, la China y la India, la presencia cristiana es ínfima. La China, con sus 700 millones de habitantes en la actualidad, que serán sin duda mil millones en 1980, cuenta con menos de 4 millones de cristianos. En la India, de 440 millones de habitantes, hay 7 millones de católicos, 5 millones de protestantes y un millón de ortodoxos. De estos 13 millones de bautizados, 5 millones están concentrados en el Estado de

Kerala; los otros ocho millones hay que repartirlos entre los 440 millones de indios.

El resto de la presencia cristiana en Asia se cifra en algunos millones de cristianos en el Próximo Oriente y en la Rusia asiática.

Tanto en Asia como en África, hay que consignar cierto incremento de las conversiones en los países que han alcanzado recientemente la independencia.

Zona de cristiandad vieja con implantación misionera

Nada es tan sugestivo para el ecumenismo contemporáneo como la situación de los cristianos en América latina. Vale la pena estudiarlo con cierta detención, ya que este continente nos ofrece en cierto modo una lente de aumento de nuestras taras y nuestras esperanzas, y observándolo podemos aprender a observarnos a nosotros mismos.

El catolicismo

Para la masa, ser creyente es ser católico. Importada junto con la colonización ibérica, la Iglesia católica ha sufrido enormes conmociones en el transcurso de los dos últimos siglos.

Hay tres hechos que han condicionado cierta deteriorización del catolicismo.

1 En el siglo XVIII, la expulsión de los jesuitas priva a este continente de misioneros eminentes que habían sabido adaptarse muy a menudo a los indígenas, y que en ciertas ocasiones incluso habían llegado a defender los derechos de estos indígenas contra los colonizadores.

2 Las guerras de independencia del siglo XIX hacen padecer al catolicismo severas persecuciones por parte de los elementos radicales que, para obtener la separación de la Iglesia y el Estado, recurren a la violencia. La sangre que corrió durante un siglo trajo como consecuencia un debilitamiento considerable. La Iglesia católica, desde el momento en que queda privada del apoyo del Estado, se ve obligada a recurrir a las grandes fortunas para sostener las obras existentes. Este hecho pesará mucho en el catolicismo, puesto que otorga una influencia preponderante a una fracción de la población, la de los grandes propietarios.

3 Desde principios de siglo, la Iglesia católica ha sido incapaz de asumir el crecimiento demográfico. En 1900 había en este continente (en el que hay que incluir a Méjico, de origen latino por su idioma) 70 millones de habitantes; en 1960 eran 200; se prevé que a finales de siglo habrá alcanzado los 500 millones. Es el índice de crecimiento demográfico más elevado del mundo.

Estamos condenados a no comprender en absoluto el catolicismo sudamericano si no tenemos en cuenta

las dificultades que ha tenido que atravesar en estos doscientos años. Este catolicismo, hasta entonces lleno de vitalidad, sufrió una pérdida de fuerzas y una grave atonía espiritual.

Hoy más de la tercera parte de los católicos del mundo viven en América latina, pero en cambio el clero representa apenas la décima parte del clero católico mundial. En este desequilibrio radica, en gran parte, el drama religioso. Hay tan sólo cuarenta mil sacerdotes y religiosos para el conjunto de la América latina, la mitad de los cuales son extranjeros; y varios centenares de sacerdotes llegan aún cada año, procedentes de otros países, para ocupar las vacantes. Desde hace mucho tiempo el catolicismo occidental acude en auxilio de sus hermanos sudamericanos.

La práctica religiosa es muy baja: 3'5 por ciento de los hombres y 9'5 por ciento de las mujeres. Por eso escribía el obispo Cambron, del norte del Brasil: «La mayoría de mi gente no tiene fe. Están bautizados; pero no han oído la palabra que da la fe... Por el bautismo son hechos aptos para creer; pero no han recibido los elementos que les permitan creer definitivamente».

No obstante se advierten, sobre todo desde 1955 aproximadamente, los signos de renovación, llenos de una gran esperanza. Se centra el esfuerzo en la creación, tanto de nuevas parroquias, verdaderas comunidades cristianas, como de diócesis nuevas. Solamente en Argentina, entre 1957 y 1961, han surgido once diócesis.

Los cristianos toman conciencia de la infinita miseria material y moral de las poblaciones. Un número considerable de obispos participan en una de las reformas esenciales, la reforma agraria. En efecto, la mitad de la población es rural, y sin embargo un 75 por ciento de los habitantes del continente viven en condiciones de infra-alimentación.

Se produce el éxodo rural hacia las ciudades, admirables a veces por su audacia arquitectónica. Los campesinos se corrompen allí, en aglomeraciones parásitas, sin agua, sin alcantarillado, sin electricidad, sin policía. Ésta no osa aventurarse, y reina la ley de la jungla con su cortejo de dramas, de los que son las primeras víctimas la mujer y los hijos.

La pequeña propiedad rural es poco menos que inexistente. En el Uruguay, dieciséis grandes propietarios poseen la mitad de las tierras cultivables.

Un obispo, monseñor Ballon, a raíz de la encíclica «Mater et Magistra», escribía hace poco, con ocasión de una Semana social en el Perú: «En el sistema semi-feudal del Perú, la propiedad privada es el privilegio de una minoría... Es una total contradicción querer defender el derecho a la propiedad privada sin exigir al mismo tiempo que esté distribuida entre el mayor número de hombres posible». Tras haber reclamado, por una parte, la nacionalización de algunas grandes empresas, que representan una potencia económica y política demasiado considerable; y por otra parte la expropiación y redistribución de ciertas propiedades privadas, y la instauración de un verdadero movimien-

to sindical, el obispo concluía: «Urge una acción efectiva del gobierno. Un gobierno realmente representativo del bien común debe limitar el derecho a la propiedad privada y obligarle a cumplir su función social».

Por su parte, la asamblea de los cardenales, arzobispos y obispos de la América latina, el CELAM, declaraba: «No se puede olvidar que las dos terceras partes de la población del mundo y de América latina padecen una situación de subdesarrollo y hambre. Esta situación constituye el gran pecado y el más grave peligro de nuestra época».

Es tal el drama humano, que a propósito de este continente podemos preguntarnos si el mundo se hará con o sin los cristianos.

Entre los obispos animadores de una renovación espiritual, monseñor Larraín, obispo de Talca (Chile) y secretario del episcopado del continente sudamericano, buscando los medios de una acción pastoral para una renovación cristiana del continente, quiere hacer primeramente énfasis en la predicación de la Palabra y, citando al cardenal Bea, dice: «Un sacerdote que se preocupará únicamente de celebrar bien el sacramento, pero no de romper el pan de la Palabra, sólo sería sacerdote a medias». Habiéndose apoyado en una alta autoridad de la Iglesia, el obispo chileno plantea entonces la cuestión del diaconado, que fue instituido en la Iglesia primitiva con el fin de que los apóstoles dispusieran de más tiempo para la predicación. Y concluye: «El secreto de la eficacia pastoral para con los

fieles es una fe iluminada y nutrida por la Palabra de Dios, y una gran fidelidad a la eucaristía».

Monseñor Larraín pasa seguidamente a tratar de las obras. Algunas de las obras llamadas de caridad dan testimonio, contrariamente a su finalidad, de un espíritu no cristiano. Algunos medios pseudoevangélicos son actualmente ineficaces. Pone el ejemplo de las considerables sumas empleadas cada año en Chile para pequeñas publicaciones cristianas sin valor alguno. ¿Cuál será entonces el medio eficaz para dar testimonio? El obispo de Talca no teme afirmar: la pobreza. En efecto, la pobreza se impone, y más en países subdesarrollados.

Y el obispo concluye hablando del papel de la parroquia. La llama la célula de la Iglesia. Y una célula es un elemento de vida; no puede ser, por lo tanto, simplemente un órgano administrativo y burocrático. La pastoral de caridad en el marco parroquial consistirá esencialmente en la creación de una comunidad cristiana en el seno de cada estructura humana.

Aquí se encuentran católicos y protestantes. Lo que hay que crear son comunidades parroquiales agrupadas en torno a un hombre de Dios. Estas comunidades deben bastarse a sí mismas en el orden material, y ayudar además a los más desheredados. De este modo se convierten rápidamente en adultas, porque participan en la edificación de la Iglesia local sin necesidad de recurrir a las grandes fortunas.

En Santiago de Chile, los mejores sacerdotes han sido enviados a los suburbios.

El protestantismo

La estadística es difícil de establecer, a causa del desmembramiento. En 1938 había un millón y medio de protestantes; en 1963, cerca de diez millones: para todos ellos, seis mil misioneros y 34 mil pastores y auxiliares autóctonos. El protestantismo está dividido en cerca de trescientas Iglesias o Sociedades Misioneras, la mayoría de las cuales proceden de los Estados Unidos.

Hay que distinguir dos protestantismos: el de las Iglesias históricas, ligadas a las tradiciones europeas o al pietismo de las antiguas Iglesias americanas; y, por otra parte, un protestantismo reciente, en gran parte importado de los Estados Unidos, debido a una considerable afluencia de misioneros expulsados de China.

Sobre todo, se hace énfasis en la predicación y el conocimiento de la Biblia. A este fin, el uso de la radio es muy importante, más que en cualquier otro continente: dos mil programas semanales, difundidos por nueve emisoras privadas.

Si bien la práctica religiosa es débil en las Iglesias históricas, que representan una tercera parte del protestantismo, es en cambio muy viva en las Iglesias recientes. En éstas, la predicación se hace a base de moralismo; los fieles deben abstenerse de fumar, de beber alcohol, de bailar, de ir al cine. Hay aquí una pedagogía que sin duda nos es difícil comprender.

Los evangélicos se encuentran frente a una masa

muy pobre, que espera una liberación y lleva dentro de sí una potente esperanza mesiánica. Precisamente todo el protestantismo de importación reciente hace énfasis en el «acontecimiento» de la fe y apoya especialmente su predicación en la curación por la fe y la plegaria. Se plantea entonces un grave problema: el de la falta de continuidad en estos grupos cristianos, a quienes interesa más la floración del acontecimiento que las estructuras eclesiales de la institución. Se enfrentan a una enorme masa humana, prenden en ella un fuego, y cuando este fuego se extingue, cuando una esperanza queda decepcionada, estos mismos evangelistas siempre pueden hallar en otra parte una nueva y vasta realidad humana donde volver a empezar. El hacer énfasis en la curación, en el seno de un pueblo en espera de una liberación, puede conducir a una decepción profunda y definitiva, que incluso haga desfallecer la esperanza en Dios. Podemos preguntarnos qué resultará de tantos esfuerzos de evangelización que quieren vivir exclusivamente de la irrupción del Espíritu Santo en medio de los hombres.

Aparte de esta cuestión, no hay que olvidar a los espiritistas, cuya influencia va en aumento, y cuya predicación se basa también en la esperanza de la curación. En el Brasil, su progreso es fulminante; un 60 por ciento de la población frecuenta las asambleas espiritistas, manteniendo no obstante unas prácticas católicas o protestantes. El espiritismo, cuyo culto ha asimilado muchas veces elementos indios y africanos, posee hospitales, escuelas y lugares de culto.

Buena parte del protestantismo manifiesta una actitud agresiva frente al catolicismo. Ante las tensiones que oponen y opondrán a los católicos entre sí, muchos son los que esperan una especie de desgarramiento del catolicismo. Esto nos plantea el problema de la actitud ecuménica de los cristianos frente a las situaciones concretas de sus países. Lo que está sucediendo en América latina es significativo. Todo lo que vemos que se está abriendo paso allí, de una forma bastante brutal, puede ayudarnos a ver mejor nuestra propia situación, en el viejo continente europeo, donde todo se manifiesta indudablemente de forma más matizada.

Observemos a este respecto el desarrollo de los acontecimientos de la vida católica en Chile durante los últimos cuarenta años. Hacia 1920, las persecuciones sufridas por la Iglesia chilena la habían dejado postrada en un estado de gran debilidad. Lo que quedaba de la Iglesia católica se apoyaba en el partido conservador. Pero por otra parte las fuerzas radicales luchaban contra todo lo que representaba el catolicismo.

En 1923 aparece una carta célebre del obispo de Santiago. «Es evidente», escribe, «que la Iglesia no puede ligarse a ningún partido político sin comprometer el carácter sobrenatural y la universalidad de su misión». Otro obispo responde afirmando, por el contrario, la obligación de los católicos de militar en el partido conservador. La cuestión no quedará resuelta hasta diez años más tarde (1934), en que el cardenal Pacelli, haciendo suya la tesis del arzobispo de San-

tiago, escribe: «Ningún partido puede tener la pretensión de representar exclusivamente a todos los fieles; por consiguiente, es preciso conceder a los fieles la libertad de constituir grupos políticos distintos y de militar en ellos, con la única condición de que estos grupos ofrezcan las garantías suficientes en lo que se refiere al respeto de los derechos de la Iglesia y de las almas».

Surge entonces un partido demócrata-cristiano que, aunque minoritario, afirma cada vez más sus atrevidas posiciones. Con el nacimiento de la Acción católica se hace manifiesta una gran corriente de apertura respecto a los problemas sociales y una renovación de la Iglesia. Monseñor Larrain, el obispo de Talca, es uno de los animadores de este enderezamiento.

En el interior del catolicismo va aumentando la tensión. En el seno del partido conservador, algunos acusan a ciertos obispos de tener un pensamiento politizado. Cuando estallan las huelgas de 1954, estando prohibido por la constitución el derecho de huelga, unos obispos sostienen a los huelguistas, que reclaman salarios más elevados. Mientras que el gobierno mete en la cárcel a los dirigentes de la Acción católica, se crea el primer sindicato cristiano obrero.

Frente a tamaña tensión, algunos protestantes empiezan a desear una ruptura en el interior mismo del catolicismo. Para una conciencia protestante purista, vale más una Iglesia de minorías selectas, purificada de los tibios y reaccionarios y libre de hipocresías y conformismo.

En lo más recóndito de la conciencia protestante se inscribe a menudo una opción en favor de las rupturas. Se prefiere la separación de los tradicionalistas, de los conformistas, que encarnan la oposición reaccionaria, antes que tener que soportarles.

La ruptura con los semejantes es debida a un no poder o no querer pasar más un período de crisis juntos. Pero muchas veces, sólo a largo plazo pueden apreciarse las consecuencias de una ruptura. En cuanto a nosotros, posiblemente será sobre todo dentro de un tiempo cuando podremos comprobar, y sufriremos con mayor intensidad las consecuencias de cuatro siglos de divisiones entre cristianos.

Cuando se atraviesa por un período de tensión en la vida conyugal o en cualquier otra forma de comunidad cristiana, es evidente que la ruptura crearía momentáneamente un clima de apaciguamiento. Por eso el abandono de un solemne voto o compromiso puede aportar, en los primeros momentos, un alivio real, e incluso una cierta expansión inicial. De todos modos, en asuntos realmente importantes no se pueden tomar en consideración las evoluciones más que a largo plazo. Después de un período de euforia, el abandono del matrimonio o del sacerdocio, por ejemplo, no pueden sino provocar una nueva crisis grave, a menos que se haya renunciado deliberadamente a mantener la integridad de la persona y a perfeccionar su unidad.

Hay que reconocer que toda ruptura, aunque de momento elimine la tensión, significa en definitiva un empobrecimiento. Por tanto, no podemos desear este

empobrecimiento a ningún cristiano, así como tampoco a ninguna cristiandad. De suerte que, volviendo a la América latina y aplicando este principio, en vez de oponer a los católicos entre sí, los protestantes responderían a una vocación fundamental del Evangelio siendo, en todas partes, fermento de unidad.

No aceptar de ningún modo disgregar lo que existe sino, al contrario, ayudar a la superación, que es la única que permite salir fortalecido y enriquecido de una crisis. Y evitar las falsas victorias que uno cree obtener cuando ha logrado imponer una idea personal. He aquí la actitud de un verdadero realismo cristiano.

Al juzgar desde fuera una antigua tradición cristiana, como lo es la tradición católica de América latina, nos exponemos a arrancar el grano al mismo tiempo que la cizaña. Arrancar a unos hombres de su confesión es arriesgarse a extraerles de una situación sociológica en la que podían recibir abundantemente la gracia de Dios; es sacarles del sitio donde podía renacer una verdadera fe en la línea de una continuidad.

En todo, aprender a mirar al cristianismo de enfrente con la mirada misma de Cristo. Considerar en el otro lo mejor que Dios ha depositado en él; ¿y no es Cristo mismo? Esta mirada nos prepara a respetar y a amar al hermano católico y, al mismo tiempo, a descubrir en él los insospechados tesoros que Dios mismo ha depositado.

4

Modo de presencia en el mundo futuro

Frente a una civilización nueva, ¿cómo vamos a responder, mediante qué modo de presencia nos manifestaremos?

Cualquier reflexión sobre las grandes cuestiones que plantea esta nueva era ha de estar dirigida por algunos principios de espiritualidad.

Dar una buena conciencia al hombre de la técnica



La Iglesia que no se sujeta a una civilización, debe dar buena conciencia a los que entran por primera vez en la era de la técnica y emplean sus medios. Para dirigirse a ellos, precisa hacer revisión de su lenguaje o de sus juicios.

A lo largo de los últimos cincuenta años los cristianos han insistido reiteradamente en el valor del testimonio, el de la conciencia profesional por ejemplo. Pero este lenguaje resulta incomprensible, y difícilmente aceptable para la nueva mentalidad; lo cual no quiere decir que los hombres de la técnica hayan de ser por ello más inmorales que los cristianos. Se trata únicamente de un desacuerdo en el orden de la apreciación de los valores morales.

O bien, por lo que respecta a la juventud, los ambientes eclesíásticos insinúan muy a menudo una especie de superioridad de los ocios culturales sobre los

ocios característicos de la nueva civilización, como son, por ejemplo, los ocios motorizados o la música de ritmo mecanizado.

Asimismo, se habla a los jóvenes en un lenguaje académico cuando la juventud actual desconfía cada vez más de las palabras. Por esto los ambientes eclesiásticos, amantes de las discusiones y portadores en sí mismos de una especie de atavismo de la palabra, por no decir de la palabrería, ya no pueden alcanzar, por medio de la palabra, a la nueva generación.

Justamente, esta generación ama lo concreto. No se trata de demostrarle la existencia de Dios por medio de razonamientos. Ella funda sus convicciones, sus certidumbres, en unos postulados que no hay por qué discutir. A este respecto se puede establecer todo un paralelismo entre la mentalidad de los países socialistas y las mentalidades formadas por la técnica, en Estados Unidos o en Alemania occidental, por ejemplo. Siempre que no haya sido alcanzada por los conformismos de la riqueza, la juventud actual es capaz de lanzarse a una acción, es capaz de sacrificarse incluso, con tal de que pueda comprender exactamente cuáles son sus móviles. Si comprende lo que se espera de ella, lo que se le exige, irá donde sea. Así es como se puede llegar a pedir una tarea, sobrehumana a veces, a la joven generación china, desde el momento en que se le propone algo concreto, y que se inscribe en un gran conjunto cuyos objetivos son aparentemente universales.

La Iglesia ha de dar, pues, una buena conciencia y

el sentido de su inmensa tarea, de su misión generosa, a los que entran en esta nueva era y que, bajo la amenaza de la religión de la técnica, se adaptan a veces difícilmente a ella.

El hombre nuevo, que se está haciendo en el Este como en el Oeste, cree en la técnica porque vive de ella. Recordábamos más arriba cómo la técnica ha llevado al americano a erigir en nueva religión los valores que sostienen a una sociedad técnica. Este fenómeno es, por otra parte, independiente de toda ideología política.

Efectivamente, tanto en los Estados Unidos como en la U. R. S. S., ha nacido una nueva religión; una religión que es, una vez más, una idolatría del hombre por el hombre que se maravilla de las obras de sus propias manos e inteligencia, en una actitud de verdadero narcisismo religioso.

Esta actitud es consecuencia de la civilización materialista por excelencia. Y no es un hecho particular al marxismo, cuyos teóricos, presintiendo todo lo que comportaba la aparición de una civilización de la técnica, expresaron a su manera algunas de sus consecuencias e intentaron procurarle un marco ideológico.

No obstante la Iglesia, si no está sujeta a una civilización, no puede tener una pedagogía consistente en dar una mala conciencia a este hombre de la técnica, tan frágil y tan desarmado, a quien tanto le cuesta creer lo que no ve.

La Iglesia ortodoxa rusa ha dado recientemente un ejemplo muy notable. Una declaración del patriarca y

de los metropolitanos de esta Iglesia afirmaba que ellos aceptan la ciencia y la técnica de la sociedad soviética, y que tan sólo rechazan, dentro del sistema soviético, la afirmación de la no existencia de Dios; afirmación que está, por otra parte, «fuera de la competencia científica». Esta afirmación causó inmediatamente una conmoción en los medios antirreligiosos. Algunos afirmaban que, desde el momento en que la Iglesia ortodoxa defendiera la ciencia y la técnica, se haría muy difícil contradecirla.

* * *

¿Habrà que ir más lejos? Para alcanzar al hombre de la técnica en el nivel de la fe, ¿habrà que adaptar la plegaria cristiana a su medida? Hay en la época de racionalismo en que nos hallamos una continua tendencia a la desacralización de los valores de Iglesia. Algunos llegan hasta el punto de pensar que hay que destruir los últimos restos que nos quedan de la armarzón de las cristiandades, y que hay que poner de nuevo en cuestión todo lo que es tradicional, a fin de que sea posible reconstruirlo todo desde el principio. Querrían secularizar el culto mismo, para aproximarse al hombre de la técnica.

Pero también aquí nos da la Iglesia ortodoxa rusa un testimonio precioso. A través de su liturgia, esta Iglesia vive, y hace vivir, el gozo del cielo en la tierra. Han soplado vientos sobre ella, pero la plegaria del pueblo de Dios ha permanecido viva en los lugares de

culto; una plegaria que ha atravesado siglos y siglos, una plegaria que no apela solamente a la inteligencia, sino que integra todo un conjunto de expresiones visibles y sensibles.

Lo que hay que tener presente es que el hombre de la técnica, viviendo en el ritmo anónimo de su trabajo, encuentra precisamente en la plegaria secular de la Iglesia, en la intimidad de la casa de Dios, lo que le falta en la vida cotidiana. Él, que se ve privado de toda intimidad por su vida pública, encontrará, a través de unos gestos y expresiones que no se parecen en nada a lo que ve en su vida ordinaria, lo que le faltaba a su personalidad para poder florecer en plenitud de vida cristiana.

Si no le presentáramos más que el testimonio moral, el hombre de la técnica podría decirnos: «No me ofrecéis nada realmente distinto de la vida que yo llevo. ¿Para qué entonces? Mi vida es tan moral como la vuestra».

Y de hecho, nos es preciso mostrarle visiblemente algo de la trascendencia de Cristo a este hombre que tiene necesidad de una calidad de gozo sobrenatural para volver a encontrar su equilibrio. El gozo del cielo que ha descendido a la tierra de los hombres.

Desterrar el miedo

Para la inmensa confrontación que se avecina, se nos pide que «oremos para que estas cosas no sucedan en invierno», es decir, para que nada sea demasiado cruel, demasiado violento, para que no haya demasiadas víctimas entre los débiles de este mundo.

Pero no podemos vivir en el temor. El hombre que quiera ser obrero de unidad, e incorporarse con este fin a la civilización futura, debe ante todo desechar el miedo. El hombre, cuando se funda en Dios, no tiene miedo de nada. Es de antemano un hombre victorioso.

Serlo de antemano significa, en primer lugar, no emplear ya más nuestras fuerzas contra nosotros mismos, en el interior de nuestra cristiandad. Es preciso renunciar al desgraciado hábito de encasillar precipitadamente a un cristiano como progresista o como integrista, desconceptuándolo así sin darse cuenta de que de esta forma se destruye algo del Cuerpo mismo de Jesucristo. No se puede atacar impunemente este Cuerpo.

Significa, además, que no hemos de emplear más nuestras fuerzas contra otros hombres de fuera, contra los que no tienen fe, o incluso contra los poderosos de este mundo. Contra éstos, por más que nos esforzáramos en unir las fuerzas materiales de todas las cristiandades, no conseguiríamos gran cosa. De todas formas, tenemos que rechazar radicalmente el espíritu de cruzada, sea contra quien sea; es preciso desterrar este miedo visceral que se apodera de nosotros frente a las distintas ideologías, y no pretender nunca esperar que la reunión de los cristianos proporcione un poder capaz de abatir al que está en frente.

Debido a lo que habita en él, el cristiano habría de ser el hombre que arrastra consigo, adelante siempre. Que corre hacia Cristo. Que ya no tiene miedo.

Desde luego, frente a los diversos materialismos, justo es que los pastores adviertan a los fieles de los peligros que les amenazan, y que procuren constantemente reunir el rebaño. Pero en tal caso, estos pastores no reaccionan en este momento bajo el efecto del miedo, sino de forma positiva, en función de un ministerio pastoral que les ha sido confiado.

Es importante saber conservar la serenidad y tomar una perspectiva histórica, a fin de no confundir nunca ni asimilar jamás la civilización de la técnica y las masas con las ideologías que constituyen actualmente su soporte en ciertos lugares. Más que estas ideologías superadas, lo que el cristiano del mañana tendrá que afrontar será una situación creada por unas aplicaciones tecnológicas hasta hoy apenas imaginables.

Por otra parte, las oposiciones y contrastes entre estas ideologías y entre los sistemas económicos actuales disminuirán sin duda. Nos encaminamos hacia una igualación de los niveles de vida, tanto en el Este como en el Oeste. Las posibilidades, por una como por otra parte, son inmensas. En el nivel económico habremos llegado, dentro de dos o tres decenios, a una planificación de las economías mundiales, ya sean liberales, ya socialistas.

El verdadero peligro de la nueva civilización reside en lo espiritual, como resultado de los incomparables adelantos de la enseñanza científica. Es interesante saber, por ejemplo, que en Rusia un habitante de cada cien recibe enseñanza superior, y uno de cada cuatrocientos cincuenta en la Alemania occidental; o bien que en Rusia se forman proporcionalmente el doble de ingenieros que en los Estados Unidos.

La dificultad real suscitada por el mundo de la técnica radica en la influencia de la enseñanza, elevada al rango de una religión. Es sorprendente comprobar a este respecto cómo, en la vieja Asia musulmana, todas las concentraciones de musulmanes, nómadas hasta entonces, en ciudades recientemente construidas, apartan a los que atraviesan la frontera de los estudios secundarios y universitarios de sus creencias islámicas. Los resultados de los grandes descubrimientos científicos captan al hombre en su totalidad, y le dan inicialmente un sentimiento de plenitud, absorbiendo en cierto modo el sentido de Dios. Por inverosímil que parezca, el envío de satélites a los espacios siderales

constituye un obstáculo para una reflexión sobre el Dios dueño de cielos y tierra. Y esto no es únicamente válido para los espíritus primarios. Tanto en el Este como en el Oeste, para el hombre de la técnica Dios ha muerto.

Es, pues, aquí donde debe situarse, en el seno de las cristiandades, el papel del pastor. Pero un pastor de verdad, preso del pánico, ya no puede hacer nada para proteger a su rebaño, sino que le comunica su propio temor. Un hombre que haya recibido vocación sacerdotal y pastoral busca los medios para hacer penetrar el Evangelio donde éste no se encuentra. Y una inflexibilidad en posiciones de principio no es el medio para convertir el mundo de la técnica en permeable al Evangelio. Esta será la tarea de la futura generación cristiana: liberada del miedo, alcanzar al hombre de la técnica donde es posible hallarle; y entonces, unirse, no contra, sino para los hombres que no pueden creer.

Participar en la repartición de los bienes materiales

Sin caer en la obsesión de un progresismo, de una justicia que triunfará de la convicción de una ardiente caridad para ellos, es preciso que los cristianos atiendan a la gran cuestión que se les plantea en este siglo, la de la distribución de los bienes materiales y de su repartición equitativa a través del mundo. Sin duda seremos juzgados por la historia según lo que hayamos llevado a cabo o no en este terreno. Y sin embargo sabemos lo difícil que nos resulta compartir con los que no tienen nada incluso lo que a nosotros nos sobra. Por lo demás, ha sido ésta una cuestión grave a lo largo de toda la historia de la Iglesia, y cuando se trata de dar algo de lo que se posee, la resistencia ha sido siempre constante.

En el pasado los pastores y doctores de la Iglesia fueron severos

Pueden explicarse en parte los móviles que determinaron la actitud cristiana frente al derecho de propiedad si se recuerda que el cristianismo se desarrolló en el seno de una civilización romana, para la cual el derecho de propiedad era absoluto, puesto que podía llevar incluso a la posibilidad de abusar de los propios bienes personales sin necesidad de tener que dar cuentas de ninguna clase a la sociedad.

Fue, pues, en esta civilización donde hundi6 la Iglesia sus raíces. Cuando los cristianos salieron del período de persecuciones para entrar en un período de tranquilidad, los que poseían bienes buscaron a menudo un posible compromiso para apaciguar su propia conciencia ante los que poseían menos, los pobres, los pequeños.

En este momento los doctores de la Iglesia, plenamente conscientes del drama que se estaba desarrollando, se levantaron con vehemencia contra tal estado de cosas y procuraron, mediante sus escritos y su predicación, hacer énfasis en la gravedad de los compromisos en los que se estaban instalando los cristianos. Las declaraciones de los Padres de la Iglesia tienen tanta fuerza, y objetivizan tan bien la posición evan-

gética, que es preciso tenerlas presentes constantemente.

San Cipriano, el eminente jurista romano que fue obispo y mártir, afirma: «Todo lo que Dios ha creado nos ha sido dado para el uso en común... Nadie puede, por tanto, quedar excluido de los dones y los beneficios de Dios; toda la humanidad debe disfrutar de ellos en la misma medida».

Ambrosio de Milán escribe: «El Señor ha querido que esta tierra fuera posesión común de todos los hombres, y que sus productos fueran para todos; pero la avaricia ha repartido los derechos de propiedad». Y más tarde: «La naturaleza ha engendrado el derecho común; es la usurpación quien ha creado el derecho privado».

Crisóstomo insiste: «¿Y tú, dime, cómo es que eres rico? —He heredado mis bienes. —¿Y este otro, de quién los había recibido? —De mi abuelo. —¿Y éste, de quién? —De su padre. —¿Podrías, remontándote varias generaciones, demostrarme que tus riquezas son legítimas? No, no podrás; por fuerza la raíz y el origen estarán manchadas de injusticia».

Pasan los siglos sobre las declaraciones de los grandes doctores de la Iglesia, pero la cuestión de la propiedad y de la repartición de los bienes permanece. La Iglesia se expresa de nuevo durante la Edad Media. Toda la economía de la época tendía a convertirse cada vez más en una economía rural, en la que la tierra constituía toda la riqueza explotable. Tampoco el señor, igual que el siervo, podía afirmar que era él el propie-

tario de la tierra en el sentido que se le da en el derecho romano; ya que en la Edad Media tiene mucha menos importancia la posesión que el ejercicio del derecho de usufructo de la tierra, y las relaciones humanas derivan en gran parte de estas condiciones de utilización de la tierra.

La libertad individual quedaba muy a menudo extremadamente restringida bajo el efecto de ese complejo sistema de vinculación a la tierra. De ahí vino el deseo de liberarse de estos lazos demasiado limitativos. Ciertamente la caridad cristiana jugó entonces un papel muy importante en la constitución de las sociedades nuevas, de los municipios, los burgos libres, que se levantaban en terrenos libres de todo derecho. Por otra parte, el episcopado sostuvo muchas veces el esfuerzo de estos municipios libres. Pero pronto aparecerán en estos burgos unos mercaderes enriquecidos que se sirven de su propia riqueza en detrimento de los menos favorecidos. El rico querrá prestar a los demás el excedente de sus bienes a fin de poder retirar un interés del dinero así entregado.

Pero la Iglesia fue durante toda la Edad Media, de una severidad sin igual frente al préstamo con interés. Y como la Edad Media es una época en que todo el mundo quiere practicar su fe, y recibir a Cristo en la Eucaristía, y para ésto debe confesarse previamente, la Iglesia tiene poder sobre los usureros. En efecto, cuando un hombre confiesa haber prestado dinero con interés, se le exige inmediatamente que haga penitencia, y esta penitencia consiste precisamente en devol-

ver el dinero usurpado. Sólo los judíos, que escapan a la jurisdicción de la Iglesia, tienen la posibilidad de prestar dinero con interés. Los cristianos, en cambio, si infringen la prohibición, cometen un pecado a los ojos de la Iglesia, y en el caso de morir sin haber podido hacer penitencia, les es negada la sepultura.

La Iglesia quiso así poner en práctica el Evangelio, que exige que se preste sin esperar nada a cambio, y a la vez el Antiguo Testamento, que prohíbe el préstamo con interés. El papa León el Grande llegará a afirmar: «el interés del dinero significa la muerte del alma».

Es preciso llegar hasta el gran período del Renacimiento para ver cómo nace la institución bancaria. Después de la Reforma, este sistema económico prevalecerá en los tiempos modernos, y la Iglesia católica abandonará unas posiciones que había sostenido con una firmeza sin igual.

Gravedad de los errores e inconsecuencias de los cristianos, en la actualidad

Hoy como en los primeros tiempos de la Iglesia, se nos pide que actuemos con miras a una mejor repartición de los bienes materiales en la tierra.

Pero, ¿somos realmente conscientes del aspecto que ofrecemos como naciones cristianas? En el orden económico, los países del hemisferio Norte, Estados Unidos, Canadá y Europa occidental, captan para sí la inmensa mayoría de las materias primas del mundo. Economistas de gran reputación consideran que un sesenta por ciento de las materias primas del mundo están repartidas entre la población de los Estados Unidos, es decir, entre una décimosexta parte de la población mundial.

En nuestro mundo occidental estamos encerrados en una especie de círculo vicioso: cuántas más necesidades creamos entre nosotros, provocamos un mayor desequilibrio en la economía de los demás. Algunos teóricos creen que es posible esperar, en un futuro más o menos próximo, un nivel de vida idéntico al de los Estados Unidos para el mundo en su conjunto. Sin embargo, es importante observar entonces que, solamente en los terrenos agrícola y alimenticio, habrá que triplicar de aquí al año 2000 la producción agrícola de 1960, ya que actualmente las dos terceras partes de la humanidad están insuficientemente alimentadas, y el crecimiento demográfico incrementará aún más las necesidades. Pero la superproducción agrícola de los grandes países organizados desde hace tiempo, así como una economía de grandes dimensiones, pueden restablecer el equilibrio de esta situación. Y debe ser así. La conciencia mundial despierta a estas graves cuestiones.

Lo que es seguro es que los cristianos deberán orientarse, más tarde o más temprano, hacia una enseñanza que recuerde como mínimo la moderación y el uso comedido de los bienes de la tierra, allí donde éstos sean abundantes.

Lo que a todo cristiano debiera recordar es que las riquezas del mundo no permitirán a todos los hombres en su conjunto tener un nivel de vida muy elevado en un futuro próximo. No se puede pensar en el nivel de vida actual de tantos hogares cristianos en el hemisferio Norte como norma del mundo de mañana.

Los pueblos acomodados de Occidente, que ven cómo se incrementa a un ritmo regular su renta nacional, son cada vez menos capaces de imaginarse la paralización o el lentísimo progreso de la economía de las naciones subdesarrolladas. El abismo entre estos dos tipos de países es cada vez mayor. Lo que caracteriza a las naciones ricas es el ser inconscientes de la realidad de este abismo. Lo que caracteriza a las naciones pobres es el empuje reivindicativo, la agresividad racista y nacionalista para salir del atolladero.

En el Perú, por ejemplo, se apeló a un organismo de estudios económicos dirigido por un religioso; se trataba de examinar las estructuras del país y de aportar una solución para renovar la economía. Y la encuesta sociológica puso de manifiesto que toda la riqueza del país, los bancos como las minas, los ferrocarriles y los seguros, todo el conjunto estaba en manos de veinte grandes familias. La primera reforma propuesta consistía en no permitir que la economía estuviera diri-

gida, de forma personal y sin un plan preconcebido, por estas pocas familias. Pero los interesados no querían resignarse a abandonar estos medios de poderío, aunque no se les pedía, sin embargo, que redujeran su nivel de vida ni que abandonaran sus bienes. Parece ser que al hombre, más que de la riqueza misma, le cuesta sobre todo liberarse de la necesidad de ejercer el poder sobre sus semejantes. En el Perú se atenuó el plan inicial, transformándolo hasta el punto de que sus autores no pudieron reconocerlo y se vieron obligados a abandonarlo.

¡Y la India y China! Nuestra infancia estaba llena de relatos misioneros que nos hacían creer que había en estos inmensos países multitud de cristianos. Ahora bien; sabemos que en la India no hay más que 13 millones de cristianos, y 4 millones en China. Muchos se sienten hoy desconcertados, cuando se dan cuenta de que una presencia cristiana de varios siglos ha tenido tan poca eficacia, y ha dejado a estos pueblos en una gran miseria material. Hace diez años, ambos países lanzaban un primer plan quinquenal en el marco de una economía dirigida, extremadamente rigurosa en China, y más liberal en la India. Todo el mundo sabe que en diez años se han realizado, en China sobre todo, una serie de reformas que hubieran parecido increíbles si alguien las hubiera predicho.

Hoy, los cristianos pueden preguntarse: ¿Qué han hecho nuestros padres en la fe? ¿No tenían la obligación de favorecer una repartición mejor de los bienes materiales en la India, en China, durante los últimos

doscientos o trescientos años? ¿Tan pocos frutos ha dado entonces el heroísmo misionero auténtico? ¿Serían acaso reducidos los resultados formales? ¿Por qué, pues, se está instaurando ahora una mejor repartición de los bienes materiales en las regiones del mundo sobre las que teníamos posibilidades de influencia, y de las que somos actualmente rechazados poco a poco?

Lo que, para el cristiano, se inscribe en el plan de la Providencia, es el hecho de que, en el mismo momento en que se acelera el crecimiento de la población de la tierra, los descubrimientos de la técnica y la organización en grandes dimensiones de la industrialización podrían acudir en ayuda de las necesidades humanas. La cuestión que queda por resolver es entonces la de una repartición equitativa. Si no, la capacidad de potencia económica de algunos pueblos, y el empleo que de ella hacen, exasperan el sentimiento de impotencia del tercer mundo, e impulsan a las poblaciones subdesarrolladas a manifestarse violentamente.

Es sorprendente comprobar hasta qué punto se intensifica en los pueblos más atrasados la sed de conocimientos. La juventud quiere adquirir un nivel de cultura que la ponga en pie de igualdad con las naciones desarrolladas, y le proporcione los medios de tener acceso a nuestros privilegios. Podemos alegrarnos de estos fenómenos puesto que, en un momento dado, el conocimiento hace al hombre adulto y le ayuda a rechazar las reacciones pasionales.

Muy pronto la competición mundial se desarrollará

entre las diversas naciones capaces de eficacia inmediata para con las naciones desheredadas, es decir, con esas naciones que no han «heredado» como nosotros. Hoy, como en tiempos de los Padres de la Iglesia, se nos pide que actuemos en favor de una repartición equitativa de los bienes terrestres. Algunos cristianos han reflexionado ya sobre las posibilidades inmediatas. Éstas se presentan, efectivamente, en los países en vías de desarrollo, mediante la simple presencia de cristianos que se comprometen como técnicos para ayudar a la mejoría de las condiciones materiales. Su desinterés es en este caso factor de eficacia.

Pero esta presencia es un hecho de cristianos demasiado poco numerosos todavía. Uno de ellos, un sindicalista católico de América latina, Maspero, escribía: «Hasta ahora, para algunos, una minoría, la libertad significa poder escribir, poder hablar, asociarse, hacer comercio, hacer política, viajar, poder invertir capitales sin ninguna clase de impedimentos. Para los demás, la mayoría, la libertad es poder comer, encontrar trabajo, tener un techo y un poco de seguridad, ser respetado, poder defenderse». En su conjunto, a los ojos de forma de libertad, creando así una confusión total de valores.

El Evangelio, que promueve siempre las fuerzas liberadoras, y aporta simultáneamente el respeto de la persona, no puede justificar unas posiciones egoístas en un orden material. Acaso los cristianos, que en principio deberían promover hacia todo un régimen de liberación humana y de respeto de la persona, compren-

derán cuando sea demasiado tarde que acumulando unas riquezas adquiridas privan de ellas al prójimo, y que solamente una economía y un uso moderado de los bienes terrenos pueden preservarnos de la hipocresía. Quizá consientan de acuerdo con la invitación del papa Juan XXIII en la encíclica «Mater et Magistra», en apresurar ciertos procesos de socialización. Podemos preguntarnos si los cristianos, al tardar tanto en entrar en el movimiento de la historia en el orden de la cooperación, no se dejarán superar por los hijos de este siglo. Eso sería tanto como aceptar que el mundo se hiciera sin nosotros.

Buscar la paz para afrontar la angustia del mundo futuro

Un hombre puede tener la certidumbre de recibir y de manifestar la plenitud de vida en Dios cuando la paz de Dios reposa sobre él, penetra en él.

Por esta razón los hombres de la Antigua Alianza, los hombres del antiguo pueblo de Israel, deseosos de vivir en Dios, invocaban la paz sobre el prójimo cuando se encontraban con alguien. «La paz sea contigo», tal era el saludo del pueblo judío; es decir, «la paz venga a ti, te revista, te penetre».

Esta llamada a la paz atraviesa por todo el antiguo pueblo, y tras él, por el pueblo de la Nueva Alianza, la Iglesia. Pero al nuevo Israel corresponde un hecho nuevo: por la venida de Cristo, una calidad desconocida de paz deriva de la reconciliación del hombre consigo mismo, con su prójimo, y con Dios.

Ya que Cristo nos ha reconciliado, a nosotros corresponde reconciliar a todos los hombres. Y ya que

Cristo nos ha perdonado, a nosotros nos corresponde perdonar: «perdonanos, así como nosotros perdonamos». Este es el hecho nuevo: reconciliados por Cristo, perdonados, revestidos de la paz, los hombres pueden vivir juntos, en un solo Cuerpo, en la Iglesia.

La paz de la reconciliación recrea la unidad perdida y libera al hombre de su angustia inicial. Dividido en sí mismo, el hombre quisiera hacer el bien que ama, y sin embargo hace el mal que odia. A este hombre dividido está dirigida una llamada, vivir la paz de Cristo, fuente de unidad: «que la paz de Cristo, a la cual habéis sido llamados para formar un solo Cuerpo, reine en vuestros corazones». Para convertirnos en fermento de unidad, es preciso que la paz de Cristo reine en nuestro corazón, es decir, en lo más profundo de nosotros mismos, en la intimidad de nuestra persona.

Esta paz de Cristo habita en nosotros cada vez que nos reconciliamos con nuestro prójimo. Por lo demás, si no nos hemos reconciliado, ¿cómo vamos a acercarnos a Dios, cómo vamos a acercarnos al altar? ¡No! Se trata de dejar allí esta ofrenda, por generosa que sea, que queríamos hacer a Dios, y de procurar ante todo reconciliarnos con nuestro hermano.

Y esta paz de Cristo habita en nosotros cada vez que somos instrumento de reconciliación de nuestro prójimo con Dios, por el perdón, por la misericordia, compasión del corazón.

Es tan grande el alborozo de vivir en paz, de estar en paz consigo mismo y con Dios! A pesar del peso de las cargas que no faltan nunca, a pesar de los perdo-

nes que se hacen más difíciles si se ha sufrido un desprecio, una humillación —a veces causados por los mismos cristianos, de los que se esperaba el espíritu de misericordia—, a pesar de toda esta carga, que está ahí cada día y para todos, hay una ligereza, una alegría inigualable del corazón, que nadie puede quitar al que vive en la paz de Cristo.

Ciertamente, existen seres que parecen fundamentalmente angustiados, incapaces de salir de sus preocupaciones, marcados por una culpabilidad que les aplasta, incapaces de asumir responsabilidades nuevas y audaces, y en una situación de imposibilidad de vivir día tras día de la misericordia y el perdón de Dios. Estos hombres y estas mujeres, cargados del sentimiento de su culpa, se ven privados, son ellos mismos a menudo quienes se privan, de la plenitud de la paz de Cristo.

Y sin embargo, esta paz hay que vivirla en nuestros corazones, en lo más íntimo de nosotros mismos. Es decir que todo ministerio de reconciliación empieza por uno mismo, a fin de que una vez pacificados podamos llevar esta paz a los demás.

Dice Ambrosio de Milán: «Empieza por ti mismo la obra de paz, a fin de que una vez pacificado puedas llevar la paz a los demás». Para que yo pueda ser portador de paz, es preciso que se haya operado previamente en mí una conversión de mentalidad. Sólo cuando mi mirada esté verdaderamente purificada podré discernir al otro, no en lo que tiene de menos bueno, sino sobre todo en lo que hay de mejor en él.

De este modo, para abordar a ciertos altos dignatarios de Iglesia que desde lejos se nos aparecen distantes, a quienes creemos cargados del peso del poder inherente incluso a veces al gobierno eclesial, es esencial ir a estos hombres libres de juicios, con la paz de Cristo, y poder entonces considerar en ellos esencialmente a unos hombres de Dios, que llevan en plenitud la preocupación pastoral y apostólica del mundo. Para quienes se han encontrado frente a aquel pastor, aquel obispo o arzobispo, aquel cardenal o patriarca, el descubrimiento de su alma pastoral antes que nada, y la voluntad de considerar en ellos los dones depositados por Dios, han permitido avanzar mucho en el diálogo ecuménico.

¿Puede significar esta actitud falta de lucidez? No; simplemente, un hombre que busca la paz guarda para sí sus juicios negativos; sabe que exponiéndolos a plena luz heriría de algún modo el Cuerpo de Cristo a través de su institución visible, y sin saberlo se convertiría en este caso en instrumento de discordia.

* * *

Cada uno está personalmente llamado a esta paz «para formar un solo cuerpo» con los otros cristianos, según la exhortación apostólica. Un solo cuerpo, es decir, no una unidad espiritual cualquiera, sino una Iglesia única y visible. Surgen aquí las más fuertes oposiciones. La paz, condición de la unidad; la paz, necesaria como paso previo indispensable para esta

imposible unidad de los cristianos: todo se opone a ello, en mí y en los demás.

En mí, mi formación inicial que me domina, todas estas costumbres de vida y de pensamiento que forman parte de lo más profundo del hombre, e incluso mi ser de carne y hueso, todo se opone a esta comunión auténtica, a esta comunicación con mi prójimo.

Y los demás, por su parte, ¿serán capaces de desprenderse de los elementos escleróticos que se hallan en el seno de las viejas sociedades cristianas? Son tantas las fuerzas, tantas las resistencias que se conjugan sin que nosotros nos demos cuenta.

¿Deberíamos, pues, deshacernos de una vez para siempre de esta falsa ilusión y terminar con toda búsqueda de ecumenismo, de unidad visible? Y no obstante, el apóstol une estrechamente paz y unidad. Aceptar el primer término, la paz, y rechazar el segundo, la unidad, sería hacer mentir a la Palabra de Dios.

Por tanto, para realizar nuestra vocación de unidad, no hay más camino posible que marchar por la fe, haciendo caso omiso de todas estas buenas razones que militan contra la unidad visible de todos los cristianos en una sola Iglesia.

En definitiva, la unidad de los cristianos se vive en el hoy. No se argumenta sobre la unidad, se vive la unidad. Si no las razones, las buenas razones en pro o en contra, se acumulan.

Sí, las imposibilidades existen; hay más de las que se precisan para desanimarse. Pero un hombre desanimado, incapaz de «conservar la unidad del Espíritu

por el vínculo de la paz», no podría comunicar la paz, y por esto mismo no podría ser un obrero de la unidad cristiana.

Así, pues, para conservar la paz, es esencial vivir en el hoy, nutriéndose de la esperanza que fluye de esta paz, esta paz a la que cada uno ha sido llamado a fin de formar un solo Cuerpo, el Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

La unidad visible, condición de nuestra presencia en el mundo

Nuestra generación, implicada en la corriente de un período histórico que ve modificarse la faz de la tierra, necesita tomar perspectiva; siguiendo el consejo del Evangelio, hemos de examinar si tenemos con qué «construir la torre».

Se impone una primera comprobación: si bien el tiempo no va demasiado a favor nuestro, y las cristiandades cuyo impulso disminuye ven cómo se va restringiendo la práctica religiosa, nos es dada una inmensa e insólita esperanza.

He aquí que incluso algunos medios de la técnica vienen a apoyar, ahora más que nunca, la acción apostólica de los cristianos. Mediante las ondas, gracias a los rápidos medios de desplazamiento, se activa a escala universal la comunicación entre cristianos, y también con los que no creen. Tenemos de este modo un

factor esencial para asegurar la unidad, la catolicidad de la Iglesia.

He aquí además que se están constituyendo unos grupos cristianos capaces de vivir, no replegados sobre sí mismos, sino irradiantes y abiertos al mundo futuro, que se avecina.

Pero, al mismo tiempo, no lo olvidemos, la civilización de la técnica y de las masas arrastra consigo una amplia corriente de materialismo. Los hombres, satisfechos con las posibilidades materiales casi ilimitadas que presienten, se cierran a la esperanza de Dios. ¿Esta civilización precipitará acaso el fin de las cristiandades extendidas por el mundo? Esta es la cuestión que puede plantearse, ya que es grande nuestra incompetencia para penetrar en este mundo con el fin de ser la levadura en la masa. Perdiendo pie sin cesar, estamos combatiendo constantemente sobre unas posiciones ya superadas.

Y, sin embargo, el hombre actual tiene tanta necesidad del Evangelio como el hombre de la Edad Media. Incluso creyéndose colmado, este hombre sigue estando insatisfecho; tiene, aun sin saberlo, hambre y sed de intimidad con Dios. Las realizaciones más prodigiosas de una civilización nueva no saciarán jamás esta sed, y no satisfarán en absoluto la inquietud metafísica que siente el hombre frente a su propia muerte.

A una mentalidad nueva deben corresponder entonces nuevos medios. La mayoría de nuestros métodos de evangelización están superados y afectan en general solamente a gente ya adicta. Cuántos esfuerzos

sin posible continuidad; cuánta generosidad malgastada. La mera buena voluntad no basta para la evangelización; hay ciertas premisas necesarias.

Actualmente, algunos intentan confrontar los datos de la técnica con la fe, pero de hecho no convencen con ello más que a un medio ya cristiano. Se realizan esfuerzos en todos los sentidos, pero todo este grano diseminado, falto de tierra, no germina. Lo que falta es un terreno de cristiandad visiblemente unida, condición indispensable para que el mundo pueda creer.

Incluso a este respecto una línea de demarcación separa a los cristianos. Unos siguen dándose por satisfechos con una unidad espiritual, sin muchas exigencias en cuanto a los vínculos fraternales que deben existir entre todos aquellos que llevan el nombre de Cristo. Para otros, la visibilidad de la Iglesia Una constituye un carácter necesario y vital. La aceptación o el desprecio de la visibilidad cristalizará y determinará, en un futuro próximo, las posiciones en favor o en contra de la reunificación de la cristiandad.

¡Son tantos los cristianos que hoy dicen ser ecuménicos! Pero se trata de saber en qué perspectiva ecuménica nos situamos. El trabajo ecuménico está hecho de paciencia y de caridad. No será eficaz más que en el caso de que esperemos de nuestros hermanos los pasos posibles en vez de exigirles los pasos que su fe hace imposibles; y de que estemos dispuestos nosotros mismos a dar aquellos que no estén en contradicción con nuestras convicciones fundamentales. Será eficaz si renunciamos a cualquier tipo de habilidad, y si damos

pruebas de una perfecta lealtad respecto a las demás confesiones.

Este ecumenismo realista y eficaz reclama una conversión de las mentalidades. No basta con querer cualquier clase de diálogo con unos hermanos separados para poder hacer gala de ecuménicos; es preciso querer este diálogo paciente que exige de los demás las purificaciones necesarias, y que nos conduce ante todo a nosotros a este mismo camino.

A causa de la división de los cristianos, estamos en una tierra sedienta, sin agua. En la unidad de los sacramentos y de la plegaria hecha de nuevo en común, podremos ofrecer al hombre de la técnica la buena parte que no le será quitada. Pues cuando un hombre, llevado del fervor de la Iglesia orante, dobla sus rodillas ante Dios, incluso cuando su oración no llega todavía a hacerse explícita, se ha restablecido ya el acuerdo entre el hombre racional y el hombre imagen de Dios.

* * *

Toda nuestra reflexión en los próximos años debe orientarse hacia nuestra respuesta simple y práctica a los problemas del testimonio de la Iglesia visiblemente Una en un mundo dividido. Adelantándose a los tiempos, algunos grupos de cristianos han intentado reunirse al ambiente paganizado de los grandes centros proletarios. De ello se desprenden ya algunas constataciones.

Rehabilitar la condición cristiana

En gran parte del medio no cristiano, y en particular en el medio proletario, la condición del cristiano está desvalorizada. Fácilmente se puede comprobar que toda voluntad de llevar a los no creyentes a una fe explícita no da resultado, y que frente a esfuerzos considerables no se aprecia prácticamente fruto alguno. Es, pues, de desear, ante todo, cierta rehabilitación de la condición cristiana. Y, como paso inmediato, compartir la vida del ambiente humano en que nos hallamos situados, aportando a él la presencia de Cristo a través de nuestra propia persona.

Esta identificación con el ambiente, al que se pertenece por una elección deliberada, puede determinar un vivo sufrimiento en esos cristianos que procuran ser auténticamente los hermanos de no cristianos, sufrimiento que proviene de las injusticias, muchas veces escandalosas, que pueden comprobar. Estos cristianos que procuran vivir únicamente de la presencia silenciosa de Cristo, pueden sentirse invadidos por un violento sentimiento de rebelión contra la Iglesia, contra los cristianos. Desde luego, se les hace difícil aceptar que sus hermanos en la fe hagan tan poca cosa para destruir la injusticia que existe en el mundo.

Pero un cristiano no puede sentirse invadido por la amargura en su corazón, y confesar al mismo tiempo,

con sus labios, el amor por todos los hombres. Hay aquí una profunda contradicción. Desde este momento, la primera tarea que hay que emprender tiene que estar dirigida hacia uno mismo: purificarse dentro de sí, frente a los que son responsables de injusticias para que, una vez consumida y transfigurada en la caridad de Cristo la amargura, podamos expresar una solución de justicia que no derive de una reacción de ira, de enojo, de desaliento.

Responder a la exigencia de santidad

Frente a la inmensidad de las necesidades, lo que podemos hacer para servir a los demás es muy poca cosa. Pero que esa pequeña ayuda sea siempre un signo de amor.

En nuestro trabajo y en cualquier ocasión de nuestra vida cotidiana, debemos evitar imponernos como si fuéramos a obrar mejor que los demás. Somos, y debemos seguir siéndolo, unos seres ordinarios en lo que se refiere al trabajo, a la eficacia, y hemos de saber que lo extraordinario permanece oculto: la invisible exigencia de santidad.

Lo que el mundo necesita son seres de excepción por la atención de su caridad; lo que el mundo espera

son santos. Esta es la llamada secreta que sube de las profundidades del dolor de los hombres.

Unas mujeres que, por vocación, viven esta presencia silenciosa en una fábrica me decían que no podían permanecer insensibles a la atención, diariamente renovada, de un determinado compañero de trabajo: «Sin cesar nos contaminamos del género de vida que compartimos, de ahí la necesidad de tener sed de la salvación de Dios para sí y para los demás». Y una de ellas concluía: «Cristo, ayúdame a reconvertirme cada día junto con todos ellos».

Sólo esta exigencia de santidad es capaz de hacernos vivir en un ambiente invadido por las tinieblas y la sombra de muerte. Hoy más que nunca, el mundo tiene necesidad de santos. En nuestra noche, unas mujeres y unos hombres deben estar ahí como una luz del mundo; y esto no tanto por sus cualidades naturales como por sus cualidades sobrenaturales. «En mi vida profunda, no puedo vivir sino de Cristo, de un solo amor, el amor de Dios». Así se expresaba en una de nuestras conversaciones una de estas cristianas empeñadas en una vida difícil en la fábrica, con todas sus promiscuidades cotidianas.

Renovar las propias fuerzas en la Iglesia

No se puede sostener una vida en pleno ambiente no cristiano más que a condición de estar sólidamente injertado en el Cuerpo de la Iglesia visible. Es, pues, necesario reservar unos períodos de silencio y de renovación de fuerzas en el transcurso de una vida, hacer retiros en alguna comunidad visiblemente unida en la oración, a la luz de la Transfiguración. Tal es la conclusión de nuestra común búsqueda con todos aquellos que viven la presencia de Cristo en medio de los que no pueden creer. Hombres y mujeres fatigados necesitan ser solazados por la oración de la Iglesia, ser sostenidos por la comunión de quienes tienen ministerio de oración en la Iglesia, entrar ellos mismos en esta oración remitiendo a Dios, lo más concretamente posible, cuanto se ha acumulado en ellos.

* * *

Así, pues, está claro que el mundo necesita de hombres y mujeres que, sin desinteresarse por la construcción de la ciudad humana, estén básicamente ahí como signos del Reino que está en camino.

Teniendo un conocimiento profundo de las sociedades contemporáneas y una sólida armazón doctrinal, pero dominados por el sentido de la urgencia, estos hombres y mujeres, casados o célibes, viviendo en medio de los que no creen, rehabilitarán una condición cristiana desvalorizada.

Se hará cada vez más apremiante la necesidad de estos pequeños hogares de luz, diseminados por todo el mundo, pero unidos en una sola Iglesia. Esta podría ser la fórmula misionera más autorizada para los tiempos futuros.

No se puede anunciar más a Cristo en una situación de competición. En un mundo en vías de rápida transformación, no podemos perder el sentido de la urgencia frente al mundo que está por evangelizar; no podemos olvidar a los mil quinientos millones de no bautizados en Asia y a los ciento setenta millones de África. Mientras vamos avanzando en filas dispersas, el mundo se está haciendo sin nosotros. En una penosa competencia que se hacen entre ellos en un mismo terreno de misión, empleando a veces lo mejor de sus energías para condenarse mutuamente o para neutralizarse unos a otros, yendo unos a evangelizar donde Cristo está ya siendo anunciado (quizá porque así justifican a sus propios ojos el buen fundamento de su posición confe-

sional), los cristianos olvidan la rápida evolución del mundo y se exponen a quedar pronto sumergidos bajo mil brazos de agua, en pequeñas iglesias locales sin unidad visible las unas con las otras.

Y justamente, si no hay comunión —y la competencia significa la abolición de toda comunión— la irradiación del Evangelio queda comprometida ante todos aquellos que no pueden creer.

Desde luego, no vamos a conseguir llevar al mundo en su conjunto a una fe explícita. Pero si queremos que el mundo se haga con nosotros, creemos necesario buscar primero a un mundo que no puede creer, la búsqueda inicial de nuestra unidad visible.

En espera de esta unidad visible, se ofrecen entretanto a nuestro impulso misionero muchas e inmensas regiones donde Cristo no está siendo anunciado. Ahí pueden integrarse estos pequeños hogares cristianos que se convierten en potencia de transfiguración. Esos hogares de luz, diseminados por el mundo, a través de los institutos seculares o de cualquier otra forma de comunidad, constituyen la verdadera esperanza de cara a la civilización futura.

Estos hogares asumirán el mundo no creyente. Del mismo modo que, según el apóstol, el esposo infiel es santificado por la esposa fiel, este mundo que no puede creer es asumido y transfigurado por unos cristianos que son portadores de Cristo. Mas es preciso asegurar esta presencia.

* * *

La unidad cristiana pide de nosotros que prestemos una atención muy especial al mundo actual. La tarea y la vocación de las jóvenes generaciones cristianas consistirá en dar todas sus fuerzas para ir a ese mundo; y para ello tendrán que reformar unos sistemas demasiado parciales de reflexión cristiana, para poder tener mayor amplitud de miras, para pensar ecuménicamente en los grandes problemas que tiene planteados el mundo en su totalidad, y para poder colmar entonces, con un ideal colectivo generoso, uno de los vacíos del occidente, incapaz de presentar a la nueva generación una visión de conjunto.

El mérito de los cristianos de hoy en día será el de haber abandonado las luchas confesionales, el «no querer indagar quién tuvo razón y quién no», según la expresión del papa Juan XXIII. Lo cual no significa, sin embargo, que haya que minimizar la importancia de la verdad y la afirmación de las posiciones doctrinales básicas. Pero, si no hubiera entre nosotros más que estos verdaderos problemas, estaríamos mucho más cerca los unos de los otros de lo que nos suponemos; jamás se insistirá bastante en esto.

Y por otra parte, ¿cómo se puede defender la verdad mientras permanezcamos perfectamente instalados

en unas divisiones confesionales? Si hay en el Evangelio una verdad que no ofrece lugar a dudas, es precisamente la de la unidad de todos aquellos que confiesan el nombre de Cristo. Defender unas divisiones en nombre de la verdad, viviendo así en grupos separados, es exponerse a perder toda la autoridad necesaria para enseñar las posiciones doctrinales básicas. En cambio, quien atienda a esta unidad, verdad por excelencia, y procure vivirla plenamente, hablará de la verdad cristiana con mayor autenticidad.

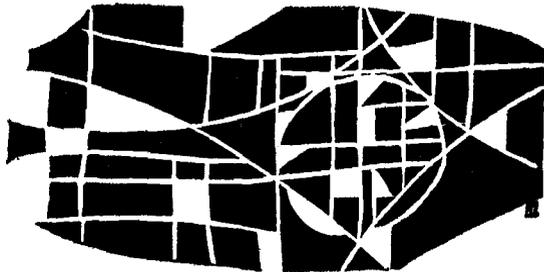
Ciertamente la unión de los cristianos no se hará por el triunfo de unos sobre los otros. Si hubiera una victoria de unos, y derrota de otros, nadie aceptaría esta unidad. No pretendamos averiguar quién tenía razón y quién no, abandonemos nuestras luchas seculares, y preparemos una Iglesia verdaderamente misionera. Sólo así nos encaminaremos por una senda segura, al encuentro del hombre del mañana.

Este paso sorprendente que nos convierte en embajadores de Cristo, para hacerle presente en la vida de los hombres, este paso lo promueve la vocación universal depositada en cada uno de nosotros por el bautismo. Nos devuelve el sentido de la urgencia con la que, juntos, hemos de considerar el mundo futuro, rehusando trabajar para nuestra salvación sin el prójimo, aun cuando esta salvación significara, para uno de noso-

tros en particular, perfección de gozo y plenitud. Pues no es como individuos aislados, sino todos juntos, como queremos vivir en el corazón de la vida de los hombres y ser la levadura en la masa.

5

Directrices para el hoy



Permanecer delante de Dios
para que se realice la unidad



¿Cómo puede cada uno responder a todas horas y personalmente a la vocación ecuménica? Alimentando la llama encendida por la unidad en todo el mundo. Permaneciendo delante de Dios con esta intención; solo o en la oración común; de rodillas, en pie, sentado, ¡no importa! Sabemos que la unidad es obra sobrenatural de Dios, y que nuestra acción solo es válida en la medida en que continúa esta oración y la hace verdaderamente, auténtica.

Permanecer delante de Dios no es algo que esté por encima de nuestras fuerzas, no sobrepasa nuestra medida humana. Podemos hacerlo incluso si no percibimos en nosotros ninguna resonancia sensible de Dios, e incluso en los momentos en que nos abandona el fervor, recordando que la presencia objetiva de Dios en nosotros no depende de nuestra sensibilidad.

Algunos, después de haber andado mucho tiempo por este camino, darán quizás un día un nuevo paso, haciendo ofrenda a Dios de su vida por la unidad.

* * *

Y he aquí que nace una gran esperanza: los encuentros ecuménicos, ya sean reducidos o muy amplios, se multiplican. Una nueva conciencia de la unidad se abre paso y anima a grandes agrupaciones. Así lo han demostrado, por ejemplo, la preparación del Sínodo panortodoxo de Rodas y la gran asamblea del Consejo Ecuménico de Iglesias en Nueva Delhi.

En el catolicismo, el anuncio del próximo Concilio Vaticano ha abierto nuevos caminos que ya no volverán a cerrarse. ¿Sobrevendrán en el transcurso de este concilio acontecimientos determinantes para la unidad? De lo que podemos estar seguros, es de que el Señor de la Iglesia responde a las plegarias de los suyos. Nosotros hemos de implorarlo, y el Espíritu Santo hablará a los Padres del Concilio.

Estallará quizá súbitamente el acontecimiento que iluminará de modo fulgurante a los cristianos. Y si el acontecimiento suscitado por Dios debiera sobrevenir en el corazón de la institución, sin ser visible a los ojos de la carne, no por eso dejaría de existir.

La actitud consistente en no esperar nada, para no defraudar o para no quedar defraudado, no procede en absoluto de la fe. En el plano ecuménico, nuestra vocación entonces se extingue.

Alegrémonos de que la conciencia católica en particular, por el mero hecho de la preparación del Concilio, se abra al ecumenismo. Corresponde a los cristianos no romanos el alimentar esta llama por su oración, viviendo el sufrimiento de la división en su vida profunda, oculta en Cristo.

* * *

Después de una separación tan larga, comprobamos que en estos tiempos Dios nos visita y nos colma de favores. Debemos, hoy más que nunca, permanecer delante de Él, dar gracias por su hoy, y negarnos desde ahora a mirar hacia atrás en la historia de nuestras divisiones.

Permanecer delante de Dios es permitir que Dios penetre en nosotros sin que sepamos cómo; es aceptar que poco a poco transforme nuestra propia mirada y nos dé la misma mirada de Cristo para considerar a todo hermano separado, e incluso al hermano de nuestra propia confesión. Ya que mientras no consideremos a nuestro prójimo, y con mayor razón a nuestro hermano en la fe, con la mirada de Cristo, estamos condenados a no comprender en absoluto al otro.

Estamos formados de la misma masa, más aún de lo que nos imaginamos. Nos damos perfecta cuenta de ello en estos tiempos en que unos y otros topamos con la misma resistencia a lo que representamos por parte de un mundo que, no pudiendo creer, parece presentir

mejor que nosotros mismos la identidad de lo que nos anima.

Entre nosotros, cristianos, ¿por qué habríamos de subrayar lo que nos opone? Acordémonos, por otra parte, de que todo argumento que proviene de una sorda amargura no demuestra nada. Sólo las tentativas generosas para comprender el comportamiento de los hermanos separados pueden autorizarnos a subrayar lo que nos diferencia.

Por lo demás, es extraño comprobar hasta qué punto hay, por una y otra parte, una semejanza en el mismo fondo de algunas reacciones negativas, así como en ciertas grandes y elevadas aspiraciones. La psicología de las profundidades de unos y de otros está marcada por un mismo sello.

¿El mismo protestantismo, por su historia y su origen, no existe acaso únicamente en función del catolicismo? A causa de él, y en relación con él. De suerte que no puede distinguirse de él sin renegar de sí mismo en sus propios orígenes. Querámoslo o no, estamos formados de una masa única, y esto constituye una esperanza.

Por eso hoy, promovidos por un sentido de Iglesia y por la búsqueda de una unidad visible entre todos, católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes, hay cristianos que, viendo a un miembro del cuerpo enfermo, quieren sufrir con él. Y antes que huir por miedo a contaminarse, no desean otra cosa que estar presentes en la Iglesia del mismo modo que quieren estar presentes en el mundo. Con este espíritu, cuando en-

cuentran a cristianos que se hallan en dificultades en una confesión que no es la suya, quieren ser testigos activos de la unidad, y por ello su conducta consiste en consolarles, sostenerles, y restablecerles con dulzura y benignidad en el lugar donde se hallan, del mismo modo que uno mismo quisiera que le restablecieran a él; porque, aun estando hoy en pie, puedo caer mañana. ¿Quién vendrá entonces a levantarme?

No mirar hacia atrás, ni aun al día de ayer

Después de haber considerado lo que tiene de fundamental la exigencia de unidad visible para uno mismo, para la Iglesia y para el mundo, y una vez puesta la mano en el arado, ya no es posible volver la vista atrás para examinar las humillaciones, las derrotas del pasado e incluso las de ayer mismo.

* * *

Atendamos a no corretear por aquí y por allá en nombre de la unidad, en lugar de empezar por nosotros mismos y por lo que está más próximo a nosotros: la comunidad conyugal, familiar, parroquial... Así, por ejemplo, se pone en peligro la unidad conyugal si, por culpa de miradas dirigidas hacia los rencores de ayer, no se puede vivir esta unidad en el hoy.

De todos modos, la unidad no significa replegamiento sobre sí mismo. Sería muy fácil mantenerse en la reserva invocando razones altamente espirituales; en nombre de la unidad familiar o parroquial, terminar encerrándose en sí mismo: de este modo se infiltra inmediatamente el espíritu de secta.

* * *

Si ante el catolicismo, los protestantes se ponen a mirar hacia atrás, si consideran el pasado, aunque fuera el día de ayer, quizá sentirían una amargura que es una traición a la caridad ardiente de Cristo. Si, por el contrario, considerando lo positivo de la renovación católica, los protestantes se convierten para la Iglesia católica en semilla de vida y no de muerte, renunciando así lealmente al proselitismo confesional para esparcir el perfume del Evangelio, estos protestantes pueden estar seguros, en esta actitud de fe y de caridad, de estar cumpliendo con su verdadera misión, y de estar preparando una renovación inigualable en el mundo.

Dejar que Cristo transfigure en nosotros incluso las mismas sombras

Fuera de la luz de Cristo, estamos rodeados de sombras. Esto es cierto para todos, y lo será por los siglos de los siglos. Lo que ocurre es simplemente que somos más conscientes de ello en determinados momentos de la historia de nuestra vida o en ciertos períodos de la historia humana.

Si vamos, en una noche de Pascua, a una iglesia del Oriente o de Occidente, nos encontraremos en medio de unos fieles llegados en el silencio de la madrugada, como al alba del día de la resurrección de Cristo fueron las mujeres al sepulcro, rodeadas de sombras. Cuando el chantre entona: «Luz de Cristo», y enciende una luz en medio de los fieles, éstos responden: «Gracias sean dadas a Dios». Y esto se repite tres veces. Es la acción de gracias de la resurrección.

Ahora bien; la luz de la Transfiguración de Cristo

quiere decirnos que ha empezado ya, hoy, la obra de la resurrección en nosotros.

El apóstol Pedro, que vivió el acontecimiento, nos da el sentido mismo de la Transfiguración en una de sus epístolas. Con ello nos enseña un paso que es preciso dar en la vida cristiana.

Estamos en la noche. En el seno de estas tinieblas brilla una pequeña lámpara. Basta tener los ojos fijos en esta luz, «hasta que la aurora empieza a despuntar, y la estrella de la mañana sale en nuestros corazones».

Por qué ir a buscar muy lejos lo que está tan cerca. A veces, olvidando la fe y la paciencia, exigimos prodigios y milagros, signos inmediatamente visibles. Pero lo que tenemos que hacer es mirar con perseverancia esta luz, antes de que aparezca la estrella de la mañana. Permaneciendo delante de Dios, hemos de ver desde ahora todas las cosas a la luz de Cristo. Hemos de considerar de este modo al prójimo, al cristiano, nuestra propia persona, y la vida entera.

Considerar al prójimo a esta luz. Saber que en cada hombre, e incluso en aquel que no confiesa a Cristo, brilla el reflejo de la imagen misma del Creador. Nuestro prójimo no es necesariamente aquel que nos cae simpático, sino el hombre herido por la existencia, que se halla al lado de nuestro camino. No es sólo aquel por quien sentimos una amistad inmediata; sino también aquel que, precisamente porque nos es indiferente, merece más que nadie ser mirado con la misma mirada de Cristo.

Considerar al cristiano a esta luz. Es decir, ver ante todo en él al portador de Cristo; y luego, renunciar a quejarse de todo en él al portador de Cristo; y luego, renunciar a quejarse de todo lo que posiblemente haya en él de negativo, para considerar los dones, la obra positiva de Dios, la pequeña luz depositada en él. Nada nos renueva tanto como descubrir la esperanza viva que se halla en un testigo de Dios maltratado por la vida.

Considerarse también a sí mismo a la luz de Cristo. En vez de dejarse frenar por el hecho de que existe el mal en nosotros, tanto como las imposibilidades, las tinieblas, las sombras —que siempre las habrá—, saber depositar toda esta carga usando de la confesión. Y al recibir la absolución, vivir en seguida de ella; pues no se vive de la propia culpa, o del sentimiento de la propia culpabilidad, sino del Cristo que brilla en cada uno como una pequeña luz encendida en medio de las mismas sombras.

Considerar y mirar toda la vida, toda la creación, a esta luz de Dios, puesto que en su origen toda la creación fue querida en la plenitud misma de Dios.

* * *

Una planta no orientada hacia la luz se marchita. Asimismo, un cristiano que rehusa mirar la luz de Dios, y no quiere ver sino las sombras, se condena a sí mismo a una lenta muerte; no puede crecer y edificarse en Cristo.

A los apóstoles, llevados aparte a la montaña, les es dado presentir visiblemente lo que les está reservado para el día en que no sean más que uno con Cristo en Dios.

Lentamente Cristo va transformando y transfigurando en nosotros todas las fuerzas rebeldes, contradictorias, todos esos estados turbios y dudosos que permanecen en el fondo de nosotros mismos, y sobre los cuales a veces la voluntad no tiene ningún poder.

Entonces es posible afirmar a algunos seres convencidos de haber «fallado su vida», que en la paciencia de Dios no hay nada definitivamente perdido. Cristianos eminentes como san Juan de la Cruz y santa Teresa empezaron bastante tarde una nueva vida; condujeron a muchas mujeres y hombres a Cristo; ellos hablan del fuego encendido con toda la leña de su pasado.

Para aquellos que están marcados por el sufrimiento y por la cruz de Cristo, vendrá el día en que podrán arder con esta llama que se alimentará de todo su pasado. Sabrán entonces que nada existe sin razón, que tampoco hay nada perdido en Dios.

La luz de Cristo transfigura en nosotros incluso las mismas sombras. Sin embargo, estas sombras están ahí, y a veces no podemos hacer nada contra ellas. Pero he aquí que, mediante una lenta elaboración de la vida de Cristo en nosotros, lo que permanecía tenebroso, turbio, opaco, inquietante incluso, queda iluminado apaciblemente, y es asumido en Dios. No hay nada perdido en este mundo porque Dios es bastante fuerte para devolvérselo todo, metamorfoseado, reanimado,

transfigurado por Él. Pero para esto es preciso querer volverse hacia la luz.

Del mismo modo que la luz de Cristo actúa en el seno de nuestras tinieblas interiores, actúa también en la opacidad del mundo. Así Dios asume a una humanidad incrédula: viviendo en el corazón de una humanidad que no puede creer, un cristiano es portador de Cristo; en una discreción total, comunica la presencia misma de Dios .

Los apóstoles contemplan a Cristo transfigurado, y desean permanecer en esta luz deslumbrante, hasta tal punto son conscientes de estar viviendo un momento muy importante de su existencia. Pero tienen que bajar de la montaña, y han de ver en adelante brillar la luz de Cristo en la Iglesia naciente, en ellos mismos, y en el mundo entre los hombres.

Y esto es cierto para todo cristiano: bajar para irradiar a Dios sin el ruido de las palabras, de suerte que, mediante esta luz de Cristo en nosotros, presientan todos la fuente misma de nuestra unidad visible. Mediante esta luz, aquel que no puede creer se encaminará, sin saber cómo, hacia la esperanza de Dios.

Índice

Capítulo 1. — PRESENTIR EL MAÑANA DE LOS HOMBRES	10
El hoy de Dios y el mañana de los hombres	11
La unidad de la persona, condición de la unidad entre los hombres	14
Capítulo 2. — DESCUBRIR LA CIVILIZACIÓN FUTURA	20
Civilización de la técnica	21
Civilización de las masas	26
Capítulo 3. — CONSIDERAR LAS CRISTIANDADES DE HOY	28
Las cristiandades vivas	30
Zonas de implantación misionera	34
Zona de cristiandad vieja con implantación misionera	38
El catolicismo	38
El protestantismo	44
Capítulo 4. — MODO DE PRESENCIA EN EL MUNDO FUTURO	50
Dar una buena conciencia al hombre de la técnica	51
Desterrar el miedo	56
Participar en la repartición de los bienes materiales	60
En el pasado los pastores y doctores de la Iglesia fueron severos	61
Gravedad de los errores e inconsecuencia de los cristianos, en la actualidad	64
Buscar la paz para afrontar la angustia del mundo futuro	71
La unidad visible, condición de nuestra presencia en el mundo	77
Rehabilitar la condición cristiana	81
Responder a la exigencia de santidad	82
Renovar las propias fuerzas en la Iglesia	84
Capítulo 5. — DIRECTRICES PARA EL HOY	90
Permanecer delante de Dios para que se realice la unidad	91
No mirar hacia atrás, ni aun el día de ayer	96
Dejar que Cristo transfigure en nosotros incluso las mismas sombras	98